
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00032406441



F3736
.G3
V5



LECTURAS CATOLICAS

Enero 1926 - AÑO XLI - Entrega 501

GARCIA MORENO

PRESIDENTE DEL ECUADOR

TIP. y LIB.
DEL COLEGIO "PIO IX" SAN CARLOS 4050
BUENOS AIRES

Carlos M. Viglietti

GARCIA MORENO

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DEL ECUADOR

VERSIÓN CASTELLANA



TIPOGRAFIA Y LIBRERIA DEL COLEGIO PIO IX
ADOLFO BERRO 4050. BUENOS AIRES

A

GARCIA MORENO

LLAMADO CON JUSTO TÍTULO

EL MÁRTIR DEL ECUADOR.

CRISTIANO VALIENTE E INTRÉPIDO,

GOBERNANTE INTACHABLE,

CELADOR

DEL DERECHO Y DE LA JUSTICIA,

CAYÓ BAJO EL PUÑAL ALEVOSO

DE VILES Y COBARDES ASESINOS,

ENEMIGOS

DE LA RELIGIÓN Y DE LA PATRIA.

OBSEQUIO AL HEROE
EN EL CINCUENTENARIO DE SU MUERTE

PARTE PRIMERA

CAPITULO I.

Infancia de Gabriel.

Gabriel García Moreno nació el 24 de Diciembre de 1821 en Guayaquil, la *perla del Pacífico*, como suele llamarse esa ciudad marítima de la República del Ecuador. Su padre, Don Pedro García Gómez, era español y a pesar de haber cursado brillantemente sus estudios en la Universidad de Cádiz, quiso tentar en América la suerte del comercio. En efecto, la suerte lo favoreció de tal manera que llegó a ser muy pronto uno de los personajes más ricos y más notables de Guayaquil.

La madre de Gabriel, Mercedes Moreno, pertenecía a una distinguida familia de Guayaquil y era muy rica y muy piadosa.

Gabriel fué el último de los ocho hijos con que Dios favoreció aquel hogar cristiano. Pero cuando Gabriel vió la luz del día, un

revés de fortuna había reducido la familia de Don Pedro a un estado tan humilde que casi confinaba con la pobreza.

— Dios nos ha dado las riquezas y Dios nos las ha quitado: bendito sea su santo nombre — dijo Don Pedro— y sin descuidar los medios oportunos para hacer menos sensible y penoso el desastre que angustiaba a sus queridos, se dedicó con más cuidado y empeño a la educación de su Gabriel.

Era éste naturalmente miedoso y asustadizo. Al presentarse una persona desconocida, corría azorado a ocultarse entre los pliegues del vestido de la mamá; el relámpago y el trueno lo hacían gritar y llorar; a la vista de un cadáver se desmayaba. Su padre, con dulzura pero a la vez con firmeza, quiso vencer este carácter natural del hijo.

Un día en que, al oír el retumbo del trueno, Gabriel había corrido a arrinconarse en el cuarto más apartado de la casa, su padre fué a sacarlo bruscamente de aquel escondrijo, lo llevó a un balconcito y allí lo dejó entregado al furor de la tempestad, bajo la lluvia que caía a cántaros y entre el fulgor de los relámpagos y el estruendo de los truenos. Calmada la tempestad, Gabriel entró de nuevo en casa curado para siempre de su miedo.

Otro hecho. Había fallecido un amigo de

Don Pedro que habitaba en la misma casa. En familia no se hablaba más que del pobre difunto. Gabriel callaba y temblaba. Su padre lo tomó de la mano y lo llevó al cuarto mortuorio donde, sobre una especie de catafalco rodeado de cirios, estaba tendido, el cadáver del difunto.

El niño, pálido como el muerto, rezaba, dando diente con diente por el miedo y su mano temblaba entre las del padre. Pedro calló, pero llegada la noche, cuando después del rezo común, Gabriel fué a dar las buenas noches al papá y a pedirle, como de costumbre, su bendición, éste apagó la luz y luego le dijo:

— Ahora, Gabriel, antes de ir a tu cuartito, irás a encender tu vela a uno de los cirios que arden alrededor del muerto. Las órdenes del padre no admitían réplica, y el niño obedeció. Entró temblando en el cuarto mortuorio, quedó a pie firme, rezó, y luego encendió su vela. Gabriel se había vencido a sí mismo. El pobrecillo no pasaba entonces de los siete años.

A su padre debía el valor heroico de que más tarde dió pruebas tan frecuentes y luminosas.

Pero la desventura debía llamar una vez más a la puerta de aquel hogar. Don Pedro García murió. Para Gabriel esta muerte era un verdadero desastre. Ella privaba al pobre

niño de su apoyo y de aquella educación viril y suave al mismo tiempo que nadie en el mundo podía darle mejor que su padre.

CAPITULO II.

García Moreno estudiante

Dios, empero, no se lo había quitado todo a Gabriel; quedábale la madre. Esa madre a la que él amaba con entrañable cariño, trabajó ante todo con el mayor empeño para hacer de su hijo un buen cristiano, y salió con su intento. Habría querido también hacer de él un docto, pero la pobreza de la noble mujer formaba un obstáculo insuperable al logro de sus deseos.

Cuántas veces el pequeño Gabriel, desde los cristales de las ventanas de su casa, veía pasar por la calle a niños de su edad más afortunados que él, alegres y bulliciosos, encaminados hacia la escuela con sus libros bajo el brazo. ¡Los libros! tener libros; he aquí su pasión. Pero la madre a duras penas hallaba con qué vivir y antes que en el estudio había que pensar en el alimento.

El Señor, sin embargo, acudió en auxilio de la pobre viuda. Un buen religioso del convento de Nuestra Señora de la Merced.

el Padre Betoncourt, prendado de la cordura de Gabriel, se ofreció para enseñarle los primeros rudimentos del latín. Para el niño, la propuesta fué algo así como un baño en agua de rosa, y se aprestó a la empresa con el entusiasmo de un conquistador; y el buen Padre no tuvo que arrepentirse de su generosidad, porque los rápidos progresos del alumno lo colmaban de estupor y de gozo. Gabriel tenía un gran talento; todo lo que oía lo comprendía y lo conservaba grabado en la memoria. Ni descansaba ufano sobre los laureles conquistados, sino que estudiaba, estudiaba con un ardor incansable.

El único profesor que tenía, hasta la edad de quince años, fué el P. Betoncourt; pero el discípulo empezaba a poner en apuros al maestro. García Moreno hallábase ya en condición de cursar los estudios liceales, y para éstos el preceptor, aunque no le faltara celo, sentíase faltar las fuerzas.

En Guayaquil no había cursos superiores; era preciso, pues, trasladarse a la Capital, a Quito. El viaje era, a la sazón, largo y peligroso, pero no era ésta la mayor dificultad: ¿ cómo podría la madre costear la pensión del hijo ? La Providencia velaba sobre el prodigioso niño, y también esta vez fué el Padre Bentoncourt el escogido por Dios para solucionar el problema.

El buen Padre tenía en Quito dos hermanas cuya caridad era, por lo menos, tan grande como sus riquezas y que se felicitaron de poder continuar prestando a Gabriel la misma protección que le había prestado el hermano. Era forzoso, pues, dar el adiós a la mamá y alejarse de Guayaquil. En aquella época el ir a la Capital desde Guayaquil era exponerse a aventuras peligrosas. Tratábase de varios días de viaje ya a pie ya sobre mulas, al través de montes escarpados y de florestas inhospitables infestadas por fieras y malandrines. El niño se decidió con valor a la partida. La separación fué harto dolorosa para la madre y para el hijo; y más para la madre que quedaba que para el hijo que partía. El tenía consigo el entusiasmo de sus quince años, el encanto de un viaje largo y novedoso y un porvenir halagüeño que le sonreía. Fué confiado a una caravana de arrieros que viajaban hacia Quito y partió.

A los quince años ya parecía un hombre hecho y derecho. Alto de estatura, membrudo, de fisonomía simpática y expresiva, de ojos negros como el azabache; todo revelaba en él una energía poco común.

Los profesores del liceo concibieron de él tanta estimación y le cobraron tanto cariño que a las pocas semanas, le confiaron la asistencia de los alumnos, que pasaban

de trescientos; jóvenes de doce a dieciocho años.

Dotado de una memoria prodigiosa, le bastaron pocos días para conocerlos, y cuando debía dar cuenta de ellos a los superiores, no consultaba ningún registro; recordaba por orden alfabético el nombre de cada alumno y le daba con exactitud el voto de conducta que merecía.

Su espíritu recto odiaba todo desorden y manifestaba ya desde entonces la energía necesaria, la intuición y el genio del mando. Aunque colegial él también, comprendió desde luego que el menor indicio de debilidad habría arruinado su autoridad, y ufano de la confianza y del cargo con que lo habían honrado sus superiores, sin temer las pequeñas venganzas de los descontentos, cumplió loablemente su deber. Toda infracción al reglamento él la denunciaba inmediatamente a los superiores, los cuales *proveían*.....

Y *proveer*, en aquellos tiempos, tristes o dichosos, en la libre América significa ni más ni menos que *fustigar* a los delincuentes. Bien puede ser que, especialmente los fustigados, no hayan amado desde luego con mucha ternura a García, pero lo cierto es que habían admirado en él a un hombre de carácter y es ésta una superioridad tal que acaba siempre por imponerse a la multitud. Luego, cuando todos aquellos jóvenes se die-

ron cuenta de que su rígido institutor sabía ser a su tiempo, un generoso y alegre compañero en la brigada, el afecto sucedió a la admiración.

CAPITULO III.

En la Universidad

Al año siguiente, García Moreno fué admitido en la Universidad. El éxito brillante de sus exámenes le había obtenido del Gobierno una beca para continuar sus estudios, con la condición de que estudiando filosofía, enseñaría gramática. Nada era gravoso para Gabriel; entre tanto esas disposiciones aseguraban por algunos años su porvenir. El estudiaba de día, estudiaba de noche y no concedía a sus cansados miembros sino un escaso reposo, echándose vestido sobre la cama para reanudar y continuar con más aliento su trabajo a las tres de la mañana. García no estudiaba para los exámenes, estudiaba para saber. Tenía una sed febril de saberlo todo, de profundizarlo todo, de descubrirlo todo. Estudiaba cada materia de la enseñanza como si no tuviera otra tarea que desempeñar; las matemáticas, la física, la química, la filosofía, la historia, la literatura, las lenguas antiguas y modernas y todo lo aprendía y en todo salía bien. El

no conocía más que tres cosas en el mundo: la iglesia, la escuela y su cuartito con sus libros. Nada tenía de común con ese tipo de estudiante universitario, harto frecuente en nuestras grandes ciudades, que se inscribe, asiste alguna que otra vez a las lecciones para recabar la firma de los profesores, hojea con desgana tal o cual página del texto, y luego pasa del teatro al café, al club, al concierto, al baile; se mete en política y silba a los profesores. Moreno no se daba tregua; estudiaba siempre, y los mismos profesores admiraban sus progresos, su superioridad.

El Ecuador es un jardín; un jardín donde florecen con igual profusión las flores, los frutos, las revoluciones y los volcanes. Sí, hay en el Ecuador montañas que vomitan lava y fuego, azufre y humo, amenazando sin cesar a aquel hermoso país.

Un día Moreno, por amor a la ciencia, quiso aventurarse, en compañía del Dr. Wyse, a la exploración del interior del volcán Pichincha. Guiados por un indiano conocedor de los lugares, los dos atrevidos aventureros, después de mil vueltas, revueltas y trabajos inauditos, llegaron frente al cráter a 4500 metros de altura. Bajaron valientemente y se internaron en aquellas vorágines bramadoras, entre un ruido infernal producido por agudísimos silbidos que salen de

las honduras de aquella montaña en ebullición, entre la densa humareda y la oscuridad más completa. Nada arredra a García Moreno. El baja, baja siempre, y llega a la profundidad de 415 metros. Una vez, después de cinco días de morada en aquellos abismos, los dos aventureros, cansados y molidos, cenaron tragando un poco de hielo, se guarecieron detrás de una roca y con la cabeza entre las rodillas tomaron un poco de descanso. Al día siguiente, subiendo de nuevo, Moreno puso el pie en falso, resbaló, cayó y rodó sobre sí mismo a la distancia de diez metros.

Afortunadamente un peñasco lo detuvo y como Dios quiso, los dos atrevidos exploradores llegaron a la boca del volcán.

No hay que creer que Gabriel, en medio de los estudios que lo absorbían, olvidase la fe y la piedad con que su madre lo había educado. Al contrario, no hallando en la ciencia lo que él buscaba, pensó por un instante que tal vez Dios lo llamase a sí y que él debiera emplear en su servicio todo el talento de que la Providencia lo había dotado. Su alma ardiente sentía la necesidad de obrar, de sacrificarse. Su hermano mayor que era párroco en un pueblo de la diócesis, ya trabajaba en la viña del Señor y él?.... Presentóse, pues, al Obispo Mons. Garaycoa y le manifestó su proyecto. El

Obispo, que había oído ponderar mucho el talento y la virtud de aquel joven, lo animó; más aun, le aconsejó que no retardase por más tiempo la ejecución de su designio; y poco tiempo después confirió a García Moreno las órdenes menores.

Pero el sacerdocio no era la verdadera vocación de Gabriel; Dios lo quería en el mundo. Si García Moreno no frecuentaba habitualmente las reuniones de los salones, su presencia, sin embargo, era muy codiciada en ellos. Sus raras apariciones en la sociedad constituían un acontecimiento. De modales finos, de trato exquisito, modesto y humilde, elocuente sin afectación, se granjeaba la estimación y las simpatías de todos los que se le acercaban.

Pero un buen día él se dió cuenta de que ciertos ocios prolongados podían serle muy perjudiciales; comprendió que, bajo el clima ardiente de su hermoso país, *il dolce far niente* podía acabar por atraerle más que los penosos estudios. Echó de ver que su corazón se deleitaba en los triunfos que lograba en la sociedad y que se iba aficionando poco a poco a las prolongadas conversaciones que se hacían cada vez más frecuentes. En fin, se dió cuenta de que esto ya se le había trocado en costumbre. Se necesitaba, pues, un corte neto, pronto y decisivo.

García Moreno no vaciló. En el espacio de media hora se colocó en la imposibilidad de perder tiempo en los salones de la sociedad. Entró en una barbería y se hizo rapar la cabeza como un monje. Debía pasar un mes antes que pudiese presentarse de nuevo decentemente en público, y en ese espacio de tiempo el vínculo se quebrantó y la costumbre quedó vencida. Vencerse, ser dueño de sí mismo, de la propia fantasía, de las propias impresiones fué siempre su anhelo desde la juventud. García Moreno ya no era un joven era un hombre.

CAPITULO IV.

La República del Ecuador

El Ecuador, hasta los tiempos de Napoleón I, había sido una colonia española como todo el resto de la América Meridional. Mas cuando el gran conquistador destronó a Fernando VII de España, toda la América del Sud creyó llegado el momento de su independencia y, bajo el mando del célebre Bolívar, llamado el *Libertador*, expulsó poco a poco a los españoles y se constituyó en pequeños y grandes Estados, árbitros de los propios destinos. La más pequeña de aquellas Repúblicas fué la del Ecuador.

Digo pequeña, relativamente a la inmensidad del Nuevo Mundo, pues, por lo demás, ella tiene una superficie más vasta que Italia.

El primer Presidente de la nueva República fué el Gral. Flores. Valiente soldado, brillante oficial, perfecto gentilhombre, *conservador*, esto ès, amigo del orden y de la justicia, racionalmente administrada aunque poco religiosa, de carácter liviano, amigo de sus comodidades y de sus placeres, muy ambicioso, se le creyó capaz de llevar el nuevo Estado a sus gloriosos destinos, y recogió en su favor la mayoría de los votos. Pero las halagüeñas esperanzas que se habían concebido, muy pronto se desvanecieron. En efecto, no bien subió al poder, Flores descansó sobre los laureles conquistados y no pensó más que en gozar de su alta posición social; pasaba la vida entre banquetes y fiestas. Al ver la suntuosidad de sus comidas y el esplendor de sus fiestas, nadie hubiera sospechado que el pueblo fuera infeliz, los públicos servicios desatendidos y las cajas del erario estuvieran casi vacías.

Pero pronto estalló el descontento y se contrapuso a Flores un hombre de talento que ambicionaba el poder: era Rocafuerte. Después de algunas semanas de luchas, los ecuatorianos, divididos en dos partidos, oyeron con sorpresa una noticia, a saber, que

los dos rivales se habían reconciliado y que cada uno de ellos, como buenos amigos, se había quedado con la mitad del poder. Flores, conservando la presidencia, había ofrecido a Rocafuerte el gobierno de Guayaquil, así es que el Ecuador cayó en la cuenta de que, en vez de uno, tenía dos dueños.

Sin embargo, el triunfo de Flores fué muy pasajero. Habiendo querido hostilizar al clero, provocó tales trastornos y divisiones que fué condenado a dos años de destierro, y fué a pasarlos en España.

Pero el Ecuador alimentaba en su seno a un hombre que debía serle más funesto que los dos anteriores: llamábase Urbina. A los dieciocho años era alférez de navío. Protegido por Flores ocupó muy pronto un puesto importante. Pero corría en sus venas la sangre de un ingrato, de un conspirador. Tramó contra Flores y cuando su protector fué desterrado, aspiró a ocupar su lugar. Mas él comprendía que aun no había llegado su hora; que su ambición era prematura. Debía, pues, contentarse, por entonces, con ser dueño sin parecerlo; mandar simulando obediencia, elegir presidente de la República a un hombre bueno pero débil, que fuera amado por el pueblo pero sin contrariar la voluntad de Urbina. Y a ese hombre él lo halló.

El buen anciano, llamado Noboa, pasó

quince meses en Quito, al paso que su buen amigo Urbina, en Guayaquil, preparaba la revolución.

El 7 de Julio de 1851, el anciano Noboa recibía de su querido gobernador de Guayaquil un aviso notificándole que en la ciudad reinaba cierta agitación y que una visita del jefe del Gobierno calmaría sin duda la excitación de los ánimos. Los amigos del Presidente, sospechando lo que sucedería, le aconsejaron a no moverse de Quito, pero sus consejos fueron desatendidos. Noboa, que tenía una confianza ciega en su favorito, partió y cuando, después de algunos días de viaje, bajando al llano, vió un buque a vapor magníficamente empavesado que lo esperaba en el río Guayas, aplaudió su propio valor.

Alegre y satisfecho de sí mismo, acompañado por una escolta de honor que Urbina había enviado a su encuentro, se embarcó sin ocurrírsele siquiera el pensamiento de que, en el mismo instante su querido amigo distribuía generosamente el dinero del Estado a los soldados proclamando la caída de Noboa y haciéndose proclamar a sí mismo presidente de la República.

Cuando el vapor llegó a vista de Guayaquil, en vez de dirigirse hacia el muelle, viró bruscamente y se dirigió hacia un buque a vela que estaba en el puerto esperando, al parecer, alguna señal. Noboa quería

enterarse de la maniobra que estaban ejecutando cuando el capitán golpeando pausadamente con la palma de la mano la espalda del pobre hombre, le dijo:

— Presidente, yo os arresto.

— ¿Vos me arrestáis? ¿Y con qué derecho?

— En virtud del mandato de vuestro sucesor el Gral. Urbina.

Ante semejante traición no había más que resignarse. El desdichado Presidente fué trasladado al buque a vela y desterrado al Perú.

El tirano triunfaba. Rodeado de una soldadesca desenfrenada, terror de la gente honesta, Urbina gobernó con el latrocinio, con el bandolerismo y con el incendio. Confió el gobierno de Guayaquil a dos hechuras suyas enteramente dignas de él, cierto Robles y Franco. El fijó su residencia en Quito. El pobre pueblo del Ecuador, aterrorizado, no se atrevía a exteriorizar sus protestas. Si alguno, más animoso, hacía llegar hasta el Presidente sus quejas y lamentos por las supercherías de las soldadescas presidenciales (soldadescas que él, por escarnio e impiedad llamaba *sus canónigos* y que asesinaban públicamente a todo el que se atrevía a resistir), Urbina contestaba con la mayor frescura que lo mejor era encerrarse cada uno en su casa porque, después de la puesta del sol, él no respondía del orden público.

Pero Dios había suscitado al hombre hecho según su corazón, y ese hombre era García Moreno.

CAPITULO V.

García Moreno periodista

García Moreno a los 23 años era abogado. Ejerció durante algún tiempo su profesión pero siendo enemigo de la verbosidad, antes de aceptar la defensa de una causa, él quería cerciorarse de si ella merecía ser patrocinada.

Un día, el Presidente del tribunal lo delegó para tomar la defensa de un conocido asesino. El rechazó la misión y dijo sonriendo:

— Le aseguro, señor presidente, que me sería más fácil asesinar que defender a un asesino.

La mentira le repugnaba y no quería perder el tiempo. A pesar de su grande amor a la justicia y de su delicadeza en la elección de las causas que debía patrocinar, una vez cayó víctima de un engaño por parte de un indigno sacerdote. Este sorprendió su buena fe y haciéndose íntimo amigo suyo, inventó una serie de mentiras a las que, por poca prudencia, él acabó por prestar

fe. El Arzobispo de Quito se había vist obligado a suspender a aquel indigno minis tro de Dios. En vez de pedir perdón, el des venturado protestó, alegando su inocencia y lo hizo con tanto ardor y con tales apa riencias de verdad que, creyéndolo víctim de alguna calumnia, García Moreno patr cinó su causa contra el Arzobispo. Pero n tardó en caer en la cuenta de su error, se apresuró a renunciar a la tarea de defe sor de un sacerdote indigno. Este hecho llenó de amargura y le hizo creer que Di quería que se dedicase a otras tareas.

El había asistido a los hechos y al de tierro de Flores. Cuando vió la mala dire ción que aquel general había dado a cosa pública, él no había callado y despu de su salida para España se dedicó al p riodismo.

Amigo del orden y de la libertad cristi na (que sus adversarios confundían con libertad de obrar mal) él inveía contra desorden y la impiedad bajo todas las fo mas.

Sucesivamente, y con éxito brillantísim fué director y redactor de «*La Fusta*» d «*Vengador*» y del «*Diablo*».

Detestaba sobre todo el carácter livia y voluble de algunos que, careciendo sólidos y sanos principios, no tienen el val de manifestar y decir lo que piensan; ru

gan a Dios en la iglesia y maldicen su santo nombre en la calle. García Moreno, hombre incorrupto, conservador en el mejor sentido de la palabra, veía con mal reprimida indignación a unos cuantos de sus amigos que saludaban con profunda inclinación al Presidente, llamándole *Señor Don José Flores*.

Entonces Moreno hacía hablar a su Diablo:

«Un día (escribía él) asistía yo a un pobre moribundo. El confesor, exhortándolo, decíale con energía:

— Hijo mío, si quieres salvarte debes absolutamente renunciar a Satanás.

— Sí, padre mío, contestaba el agonizante; yo renuncio al Señor Satanás.

— Déjate de tantas cortesías, hijo mío; llámale simplemente Satanás a secas.

— Perdone, Reverendo Padre, yo soy amigo de no ponerme a mal con nadie».

Los diarios escritos por García Moreno se disputaban a porfía. Flores comprendía que tenía en el joven periodista un adversario muy temible.

Los amigos aplaudían a García y alguno, admirador de su talento, lo aconsejaba a escribir la historia de su país.

— Mejor será hacerla que escribirla — contestó con fiereza el joven.

Pero García Moreno sentía la necesidad

de instruirse, aunque fuera viajando, y cuando Urbina logró hacer elegir al buen Noboa Presidente de la República, él recorría la Inglaterra, la Francia y la Germania. Entonces no quedó más que seis meses en Europa, y cuando volvió al Ecuador estaba resuelto a no ocuparse ya de política.

CAPITULO VI.

García Moreno en la lucha

Sentía la necesidad de una vida más retirada y tranquila.

Además, él ya no estaba solo. Antes de salir para Europa, seguro ya de que Dios no le llamaba al sacerdocio, habíase casado con la señorita Rosa Ascasubi de noble, rica y cristiana familia.

Pero Dios quería hacer de este hombre el jefe de un Estado cristiano, y un acontecimiento imprevisto lo lanzó nuevamente en la lucha.

Llegando al Panamá, de regreso de Francia, García Moreno halló en el puerto de embarcación un buen número de religiosos que estaban a punto de partir para Europa. Eran jesuítas expulsados de Colombia. Los buenos hijos de San Ignacio trabajaban desde hacía seis años en aquella república, evangelizando a los salvajes e instruyendo a

la juventud. La revolución premiaba su celo expulsándolos ignominiosamente.

García Moreno pensó desde luego que convenía aprovechar la ocasión y sacar partido de la necedad cometida por los colombianos, acogiendo a los jesuítas en su país. La empresa era arriesgada. Aun cuando el débil Noboa hubiera aceptado la propuesta, Urbina, el alma condenada del Presidente se opondría indudablemente con todas sus fuerzas al acto cortés y provechoso. Pero para un hombre del temple de García, concebir, reflexionar y obrar, era una misma cosa. Él, simple particular, sin misión oficial ninguna, ruega a los jesuítas que se embarquen con él para Quito, y el superior acepta la propuesta.

Ellos navegaban hacia el Ecuador cuando reconocieron entre los pasajeros de la nave, al Gral. Obando, al implacable enemigo de los jesuítas, al tenaz perseguidor de los pobres religiosos.

La República de Colombia lo enviaba para prevenir a todas las Repúblicas de América e impedir, si fuera posible, que se diera asilo a los jesuítas expulsados. Lo esencial era llegar a tiempo. En cuanto la nave llegó al puerto de Guayaquil, García se embarcó inmediatamente, y sin perder un instante, corre y se presenta a Noboa y alcanza la autorización solicitada. Poco después llegaba

Obando al Presidente de la República, pero él contestó que ya era demasiado tarde.

Todo el Ecuador festejó con regocijo la llegada de los jesuítas. García Moreno iniciaba su carrera triunfal.

Era preciso, sin embargo, sostener la ardua empresa, la de defender a los jesuítas contra la revolución, y por consiguiente volver a la lucha. El tomó otra vez la pluma y se convirtió de nuevo en periodista.

La traición de Urbina consumada a expensas del anciano Noboa suministró ampli materia a su celo. Mientras el miedo encorvaba todos los espíritus bajo el yugo de tirano, Moreno, solo en la brecha, hacía re sonar el grito angustioso del pueblo oprimid El fundó un nuevo diario con el título «*L Nación*» y no ahorró las más crudas y ama gas verdades al temido Triunvirato de Urb na, Robles y Franco.

El relataba los hechos de la vida públi de Urbina, aplicando a cada uno de ell los correspondientes artículos del Código P nal llevando así, paso a paso, al héroe c su historia hasta el patíbulo. *Y para qu* concluía él, *vuestras sospechas, oh Gener Urbina, no vayan erradas, me nombro firmo de mi puño y letra.*

No se hacía ilusión respecto al efecto q produciría su atrevimiento, pero afortunad mente para su país, él no conocía el mied

Cuando apareció el primer número del iario *La Nación*, Urbina hizo decir al in-épido escritor que si publicaba el segundo ímero lo desterraría en el acto o lo haría isilar por las espaldas.

— Decid a vuestro amo — contestó Mo-no al portador del ukase — que ya tenía uchos motivos para llevar adelante mi obra, ero que ahora tengo uno más, el de no eshonrarme cediendo a sus amenazas.

Las amenazas fueron conocidas. A la se-ana siguiente toda la ciudad de Quito era esa de una excitación febril. «¿Saldrá la ación? — ¿Saldrá? ¿Se atreverá García a enospreciar las órdenes del terrible Urbi-?» — El segundo número salió y, sabiendo arcía que sería el último, no guardó la me-or consideración a su formidable adversario.

Dos horas después el valiente periodista ueriendo obligar a Urbina a arrestarlo pú-icamente, tomó consigo a dos amigos y fué n ellos a la plaza principal de Quito. Un cuadrón de gendarmes, en presencia del ueblo consternado, encadenó a los tres ami-s y los llevó desterrados al Perú, entregán-los a los mismos francmasones que ha-n expulsado a los jesuítas, acogidos por arcía Moreno en el Ecuador.

Guardias de tal calaña no agradaban ni ucho ni poco a Moreno, el cual no podía nañarse a quedarse con ellos. Aprovechó,

pues, un momento en que las guardias, ocupadas en otros quehaceres, descuidaban su vigilancia, se disfrazó y, abandonando la cárcel, regresó tranquilamente a Quito.

Es indudable que si sus amigos hubieran tenido, cuando menos, la centésima parte del valor de García, Urbina ya no habría quedado un solo día más en el poder. Pero los García Moreno son demasiado raros. El se dió cuenta desde luego que no podía contar más que consigo mismo. De Quito había pasado a Guayaquil, pero allí también comprendió que el momento de sacudir el yugo aun no había llegado y queriendo evitar el peligro de volver por segunda vez a la cárcel buscó refugio en el Perú.

Sin embargo, la presencia de García en Guayaquil debía producir sus frutos. En efecto, poco tiempo después se realizaba en el Ecuador la elección de los Senadores y Guayaquil eligió por su candidato al ilustre desterrado.

Urbina y sus cómplices se enfurecieron sobremanera e hicieron lo posible y lo imposible para impedir su elección, pero todo fué inútil. García Moreno fué elegido y como la ley prohibía terminantemente el arresto de los Senadores durante el tiempo en que permanecía abierto el Senado, su persona llegaba a ser inviolable. El era libre y podía volver triunfante a su país.

¿Pero cuándo había respetado las leyes del Estado el señor Urbina? Para él la única ley era su capricho. En plena sesión del Senado, los comisarios de Urbina arrestaron al nuevo Senador cual si fuera un vulgar delincuente, y después de algunos días de prisión lo deportaron a las costas del Perú.

Quedaba a García Moreno su pluma y escribió un opúsculo titulado *La Verdad*, donde ponía al descubierto y sacaba a la luz del día todos los fraudes, las traiciones, las tiranías, los excesos de todo género de Urbina y de sus cómplices, y donde peroraba en favor de la patria con el entusiasmo de un apóstol y con la plegaria de un santo, de un libertador.

Luego, para preparar mejor y para ayudar cuanto podía al que Dios suscitaría para el bienestar de su país (sin sospechar siquiera que aquel hombre sería él mismo) Moreno resolvió volver a sus estudios y a sus viajes. Con este intento se embarcó de nuevo para París. La Francia, teatro y campo tan frecuente de revoluciones crueles, podía darle lecciones muy provechosas.

CAPITULO VII.

García Moreno en París

Los espectáculos y los placeres carecían de atractivos para nuestro héroe. El quiso profundizar mejor las ciencias naturales, y particularmente la química.

Encontró fácilmente maestros, instrumentos, laboratorio... y se puso a estudiar dieciséis horas diarias sin interrupción, encerrado en un modesto cuarto de la calle *Vieille Comédie.*

« Estudio dieciséis horas cada día, escribía a un amigo, y si el día tuviera cuarenta y ocho, pasaría cuarenta de ellas con mis libros, sin roncar ni dormitar. »

Como todo buen americano, García Moreno era un gran fumador. Pasando por Cuba había hecho una abundante provisión de cigarros Habanos.

Un amigo suyo, que regresaba a América, fué a visitarlo y García le regaló todos los cigarros.

— Mi querido García, díjole el amigo, lo que estás haciendo es una necedad ; ¿ cómo podrás hallar en Francia cigarros tan excelentes ? en cuanto a mí, allá en América podré obtenerlos con la mayor facilidad.

— Toma, toma, y dejémonos de cumplimientos, contestó Moreno; amo los cigarros,

los amo demasiado y pierdo mi tiempo frotando fósforos para encenderlos. Aceptándolos, tú me prestarás un buen servicio.

Desde algún tiempo sus muchos y graves estudios lo ocupaban de tal suerte, que sin darse cuenta de ello, su piedad se había menoscabado. No digo que hubiese olvidado la fe; que fuera menos católico en sus creencias; eso no, pero lo que constituye el verdadero creyente fervoroso, a saber, la frecuencia de los sacramentos de la confesión y de la Comunión, se había disminuído en él.

Un día, paseando con varios jóvenes sus compaisanos en el jardín de Luxemburgo, cayó el discurso sobre un pobre desgraciado que había muerto rechazando hasta los últimos instantes de su vida los auxilios de la religión. García Moreno se muestra indignado; la discusión se acalora y uno de los interlocutores, corto de razones pero positivo, le dice:

— Tú hablas muy bien, pero si vamos a decir la verdad, para vosotros la práctica no anda siempre hermanada con la teoría. Y a propósito, ¿cuánto tiempo hace que te has confesado?

Algo confuso, Moreno calló por algunos instantes, luego se repuso y contestó con vivacidad:

— Amigo, ese argumento hoy tiene su

valor pero mañana ya no tendrá ninguno, esta misma tarde iré a confesarme y lo haré con el primer sacerdote que encuentre.

En efecto, vuelto a su casa, se echó de rodillas ante un crucifijo, hizo un diligente y prolijo examen de conciencia y pesaroso de su pasada negligencia, feliz por la gracia repentina que lo reconducía a los pies de los altares, reanudó desde aquel día sus ejercicios de piedad. Cada mañana se le veía en San Sulpicio, oyendo la Santa Misa antes de entregarse al trabajo.

CAPITULO VIII.

Luchas intestinas

Mientras García Moreno se preparaba en el destierro a regenerar su patria, Urbina tiranizaba en el Ecuador. Olvidando que, especialmente las nuevas Repúblicas Americanas necesitaban todas las energías valorizadas en los países más adelantados, él había desterrado a los jesuítas y destituído al Obispo de Guayaquil. Convertía los conventos en cuarteles y se apoderaba de los seminarios, entregando su dirección a personas hechas según su corazón. Los colegios, las escuelas se habían cerrado, y ¡ ay de aquel que se hubiera atrevido a levantar una voz de desaprobación contra la tiranía del Pre-

sidente! Cuando menos, lo esperaba el destierro. No perdonaba ni a sexo ni a edad; a niños y mujeres se les encarcelaba o se embarcaban para el Perú.

Estando a punto de espirar el tiempo de la presidencia de Urbina, algunos valientes católicos fundaron un diario, «*El Espectador*» con el objeto de reivindicar los derechos de la religión y de la patria. La venganza no tardó mucho en caer sobre los redactores de «*El Espectador*»; fueron inmediatamente arrestados y confinados a los desiertos del Napo a morir de muerte lenta pero segura.

García Moreno permaneció tres años en París. Entretanto el Ecuador se libertaba de la tiranía de Urbina eligiendo a Robles Presidente de la República. Urbina volvió a ocupar su puesto de Gobernador de Guayaquil. Robles no era, en realidad, mucho mejor que Urbina, sin embargo, para captarse la benevolencia de los amigos de García Moreno y hacerse perdonar sus pasadas injusticias, anuló el decreto de destierro contra él. Al conocer la fausta noticia, el pueblo y los parientes de García rebosaron de júbilo. No bien acababa el desterrado de llegar, cuando el Municipio de Quito lo nombró Intendente municipal y lo escogió para su representante creándolo Senador. La Universidad le ofreció su rectorado. El echó mano inmediatamente a la obra. Reorganizó

la enseñanza, fundó una Facultad de ciencias y se encargó él mismo del curso de química. Vivía contento y satisfecho entre sus jóvenes y sus estudios, pero Dios que lo quería en la lucha, lo sacó de su apacible quietud. Llegado el tiempo de las elecciones, García Moreno tuvo que ocupar nuevamente en el Parlamento el lugar que cuatro años antes los gendarmes de Urbina le habían impedido ocupar. El llegaba en tiempo muy oportuno.

Urbina y Robles, políticos poco hábiles y sagaces, debido a ciertas divergencias con el embajador del Perú, habían roto las relaciones diplomáticas con aquella República, y el Perú, que desde hacía tiempo codiciaba la anexión de Guayaquil a su territorio, declaró la guerra al Ecuador. En la inminencia del peligro, el Senado y el Parlamento emanaron un decreto que autorizaba al Gobierno a trasladar momentáneamente su residencia a Ríobamba o Cuenca y de contraer el empréstito de quince millones. Urbina y Robles abusaron de los poderes que se les había conferido y desahogaron sus iras partidarias, desterrando ciudadanos y confiscando bienes, de suerte que parecía que la guerra no fuera contra el Perú, sino contra el mismo Ecuador. La irritación pública llegó al colmo cuando se supo que Robles y Urbina traaban secretamente con los Estados Unidos,

con el intento de venderles una parte del territorio Ecuatoriano.

García Moreno propuso en el Parlamento que los dos dictadores fuesen despojados del poder, de que tanto habían abusado. Los ciudadanos admiraban su valor y tomaban parte en la lucha del joven cristiano contra aquellos dos viejos conjurados. Entonces Urbina quiso cortar toda cuestión y envió un escuadrón de sus sicarios a la Cámara de diputados con orden de arrestar a García Moreno si se hubiera atrevido a hablar contra él. Moreno fué prevenido del peligro que corría. Se le rogó que no expusiera su vida a tan grave riesgo; que no fuera al Parlamento, donde le esperaba irremediablemente la muerte.

Pero a la hora determinada él se dirigió a la Cámara, rodeado de una turba de amigos dispuestos a defenderlo. Llegado al Parlamento, se levantó. Todas las miradas estaban concentradas en él. Los esbirros de Urbina allí estaban en su puesto. El orador habló con calma y serenidad, y fué más elocuente que nunca. De repente, señalando a los sicarios armados que le escuchaban de pie, dispuestos a lanzarse sobre la presa, acusó al Gobierno que pretendía ultrajar en su persona a los representantes de la nación y la cobardía de aquellos indignos soldados que se prestaban a desempeñar el *honroso* cargo de verdugos. Su audacia lo salvó.

Los soldados, temblorosos, abandonaron el recinto. García Moreno fué llevado en triunfo a su casa. ¡ Hermoso día para él ! Había salvado a la vez su honor y su vida.

Desde aquel momento comenzó la lucha entre el Gobierno y el Parlamento. Los diputados fieles a García Moreno abandonaron la asamblea y como ellos formaban la tercera parte de ella, toda deliberación se hizo imposible. Robles aprovechó la ocasión para proclamarse dictador y nombró a su cómplice Urbina general en jefe del ejército. Fué aquel un momento de violencias inauditas. Ya no se hablaba sino de encarcelaciones, de destierros y de asesinatos. Mientras los emisarios de Urbina buscaban a García Moreno, él, prevenido de antemano, se refugiaba en el Perú.

Robles salió de Quito y fué a reunirse a Urbina en Guayaquil. En Quito estalló una revolución, que declaró a Robles decaído del poder, y se estableció un gobierno provisorio, del cual fué declarado jefe García Moreno.

Este acudió inmediatamente, pero los tiranos tenían un poderoso ejército y el Gobierno carecía enteramente de fuerzas militares. A toda prisa se logró enganchar a ocho mil hombres, mal equipados y casi completamente bisoños en el manejo de las armas. García Moreno se puso al frente de aquel puñado de hombres, impacientes de entrar

en lucha, y el 3 de Junio de 1859 se encontró con el ejército de Urbina cerca de Tambuco. El combate duró desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Los soldados de Urbina ocupaban las mejores posiciones y los de Moreno, tan inferiores en número, y luchando por añadidura en terrenos menos ventajosos, hicieron prodigios de valor. Después de haber corrido varias veces el peligro de caer en el combate, y perdido el caballo, el nuevo General se vió obligado a abandonar el campo de batalla, dejando en él un gran número de heridos. García Moreno manifestó entonces una bondad de corazón igual a su intrepidez. Se le vió, en el furor de la lucha, curar a los heridos y llorar sobre los muertos. Cuando comprendió que para no caer prisionero de Urbina no le quedaban más recursos que la fuga, se aprestó a dejar el campamento. Mientras partía triste y abatido, se encontró con su Coronel Vintimilla que galopaba huyendo. El coronel se paró y le ofreció generosamente su caballo.

— No, contestó Moreno; ¿qué sería de usted si yo le dejara acá sin caballo?

— No importa, replicó el coronel, siempre habrá Vintimillas en el Ecuador, pero Garcías Moreno no hay más que uno.

Y con un ademán que no admitía réplica, lo obligó a montar a caballo y alejarse a todo

escape. Llegó a Ambato, donde sus amigos, que pocos días antes lo habían aclamado, lo rodearon deplorando el triste éxito de la batalla.

— Mil gracias, contestó Moreno, pero ante todo, dadme un pedazo de pan porqué hace tres días que no como bocado.

Como se ve, las cosas parecían desesperadas pero Dios había escogido precisamente aquel momento para la ruina de Robles y de Urbina.

Franco, el tercer ladrón, de quien ya hemos hablado, aprovechó el momento oportuno para deshacerse de sus dos rivales y colegas en perversidad. Procedió con Robles ni más ni menos que como Urbina había procedido con el viejo Noboa. No bien llegó el Presidente a Guayaquil, Franco lo hizo arrestar y lo desterró ; y cuando Urbína vino a reclamar en nombre de su colega, sin entrar en dimes y diretes, le acomodó las esposas a él también y lo hizo acompañar con una escolta a Colombia.

De los tres tiranos del Ecuador ya no quedaba más que uno.

Franco se regocijaba, creyendo que las luchas habían llegado a su término y que su triunfo era seguro; pero la situación de su país no le permitía gozar del usurpado poder. Los peruanos sitiaban el puerto de Guayaquil y en el país se organizaba la lucha contra el usurpador.

Entretanto faltaba al Ecuador un Presidente elegido legalmente. Franco, a base de corrupción, mandó que se hiciera la elección con la mayor rapidez posible.

El logró un voto más que García Moreno. Según la ley, aquella mayoría no era suficiente, pero él se obstinó y se hizo proclamar, en Guayaquil, jefe de la República. Pero en Quito, debido a la inminencia del peligro, los Senadores habían elegido como Presidente a García Moreno. Desde aquel día el país quedó dividido en dos partidos: el de los amigos del orden, que comprendía la mayor parte de la honesta población ecuatorial, unida al Gobierno de Quito, y de los factores del desorden, de los hambrientos del botín, que sostenían a Franco y su gobierno de Guayaquil.

CAPITULO IX.

El héroe de Ríobamba

La hora de García Moreno había llegado.

Veía que ante todo, tratándose de una guerra civil y extranjera, había necesidad de un ejército; de un ejército fuerte y disciplinado, de buenos soldados, de buenas armas y de buenas municiones. Y él nada tenía de todo esto; pero Moreno no titubeó.

Un amigo suyo, rico propietario llamado

Juan Aguirre, tenía cerca de Chile distante pocos kilómetros de Quito, una gran fábrica de algodón. Buen patriota, generoso por naturaleza y por amistad, la ofreció a García el cual la convirtió en un arsenal. De allí salió su material de guerra. ¡ Cuántas veces bendijo los profundos estudios de química y de matemáticas que había hecho ! Muchas veces, después de un día laborioso empleado en reclutar soldados, en organizar su pequeño ejército, pasaba la noche sobre los libros siempre ocupado en buscar y resolver el problema que debía dar a sus armas, fabricadas en Chile, la precisión necesaria. Pero enganchar hombres y preparar armas contra el enemigo, contra el Perú que quería apoderarse de la *Perla del Pacífico*, era luchar contra Franco, y significaba derramar sangre fraterna. García Moreno fué a Guayaquil, hizo notar a Franco la conveniencia de poner fin a aquellas querellas fratricidas y de unir las propias fuerzas contra el enemigo común. Franco no era digno de comprender el noble lenguaje de Moreno y rechazó la propuesta.

De regreso a Quito, García Moreno quiso inspeccionar su pequeña armada desparramada a lo largo del camino.

El cobarde Franco despachó detrás de García algunos sicarios con la misión de asesinar al noble ciudadano. Afortunadamente la

manera de viajar de García Moreno desbarató los planes de los emisarios. El conocía todos los escabrosos senderos que llevaban con más presteza a Quito y, como valiente jinete (tenía fama de ser el mejor del país) los reçorría a caballo. Los sicarios no lo alcanzaron. Sin embargo la noticia de la alevosa misión llegó a saberse y Franco se granjeó el título de traidor y de asesino.

Llegado García Moreno a Ríobamba, ciudad del llano, resolvió pasar allí algunos días para descansar e inspeccionar sus tropas. Los soldados que formaban aquella guarnición, anteriormente adictos a Urbina, habían sido sometidos, a pesar suyo, al Gobierno de Quito. Moreno no se fiába de semejantes bandidos, cuanto más sabiendo positivamente que Franco tenía relaciones secretas con su jefe. Pero el joven Presidente, como ya dijimos, no conocía el miedo.

En la misma noche de su llegada, gritos repetidos y sediciosos despiertan a García. Se levanta, se entera de lo que sucede y ve venir a su encuentro al comandante Palacios, el cual le anuncia que el cuartel está en plena revuelta. Los soldados se quejan y murmuran. Dicen que están mal vestidos, mal alimentados, mal pagados y, en vista de todo esto, el comandante Palacios, jefe de los rebeldes, propone a García que renuncie su cargo de Presidente; y si per-

siste en declararse jefe de la República, nosotros lo arrestaremos y no responderemos de su vida.

A estas palabras, Moreno se yergue con fiereza, y: — ¡Jamás!, contesta a Palacios. Vosotros podéis quitarme la vida, pero no cambiaréis mi voluntad. Soy jefe del Estado y jefe del Estado me quedo.

Palacios se apodera de García Moreno, lo hace encerrar en un oscuro calabozo y declara que si permanece obstinado, al día siguiente será fusilado en la plaza de Ríobamba. García Moreno conocía muy bien a los traidores y sabía que no dejarían de cumplir su palabra. Encomendó, pues, su alma a Dios y luego pensó en la manera de evadirse de la cárcel, burlando la vigilancia de las guardias.

Con su habitual prontitud, en un abrir y cerrar de ojos, se había hecho un concepto preciso de su situación. Un amigo suyo le mandó decir por medio de un criado que había logrado penetrar en la cárcel, que podía desplomar fácilmente una de las barras de la ventana, y que en la calle que costeaba el frente de la cárcel hallaría un caballo ensillado para la fuga.

— Decid a vuestro amo — contestó el intrépido Presidende al siervo fiel — que entré acá por la puerta y que no saldré por la ventana.

García ya había formado su plan. Encerrado en su prisión, los soldados, ávidos de botín, se habían desbandado por la ciudad; no se había quedado más que alguno que otro para velar al prisionero. Veían éstos con envidia a los compañeros que volvían cargados de presa. La tentación era fuerte y no supieron resistir. Poco a poco, uno tras otro se alejaron, no quedando sino un centinela a la puerta de la cárcel.

El momento era oportuno.

García se acerca a la guardia, y:

— Dime, desventurado, ¿a quién has jurado fidelidad?—le pregunta con tono severo.

— Al jefe del Estado — contesta temblando el soldado.

— El jefe del Estado soy yo. ¿No tienes vergüenza de traicionar así a tu Dios y tu patria?

El soldado, aturdido, cae de rodillas y pide perdón.

Moreno sale de la cárcel por la puerta, como él había dicho, atraviesa la ciudad y, a poca distancia de ella, encuentra catorce de sus fieles soldados que lo aguardan. Con un hombre como Moreno, aquellos catorce soldados equivalían a un ejército. En vez de volver con ellos a Quito, hace dar vuelta a los caballos y sin perder un momento se encamina de nuevo hacia Ríobamba.

Cansados, ebrios, después de una noche

de desórdenes, los soldados rebeldes dormían profundamente. Los valientes de Moreno los despertaron. Mareados por los vapores del vino, se creen rodeados por un ejército y se rinden sin resistencia. García Moreno hace acompañar a la pública plaza a los jefes de los rebeldes con Palacios. Los catorce valientes forman el consejo de guerra, y los revoltosos son condenados a muerte.

Moreno les concede media hora de tiempo para prepararse. Un sacerdote acude para prestar a los condenados los últimos auxilios de la religión. El feroz Palacios, después de haberlos rehusado con desdén, cae bajo las balas de la pequeña escuadra en la hora fijada por sus jueces.

Sin embargo, varias compañías habían desaparecido con sus jefes.

García Moreno las persigue con su escuadrilla fiel, las alcanza durante la noche del día siguiente, mata a los centinelas y se precipita en el campamento sumergido en el sueño. Algunos se defienden, otros huyen y otros se rinden. Es una escena de confusión y desorden indecible en la oscuridad de la noche. Nadie sospecha que sea tan escaso el número de los asaltantes. Los culpables son desarmados y de esta desgraciada rebelión no queda más que el recuerdo de un castigo ejemplar y de una audacia afortunada.

Las soldadescas rebeldes habían encontrado a su dueño.

El nombre del héroe corre de boca en boca; todas las miradas se concentran en él: todos esperan de él la salud y la gloria de la patria.

CAPITULO X.

Un vil traidor y una primera victoria.

Entre tanto el vil y cobarde Franco había abierto las puertas a los enemigos de su país dejando desembarcar 6000 peruanos en el territorio del Ecuador.

García Moreno no se daba punto de reposo. Avanzando cada día, se apoderaba poco a poco de las ciudades y de las aldeas diseminadas sobre el primer versante de las cordilleras, que todavía estaban sujetas al traidor Franco.

Un día corrió de uno a otro extremo del Ecuador una noticia desoladora. Franco, para asegurarse la protección del Perú contra el Gobierno provisorio de Quito, le cedía, a precio de oro, una parte del territorio ecuatoriano. Este vil mercantilismo llenó de indignación a todos los verdaderos patriotas y suscitó un coro de maldiciones. De todas

partes se corría a enrolarse bajo la bandera de Moreno; los ricos propietarios ponían a su disposición sus personas y sus riquezas; ningún hombre de corazón retrocedía ante el sacrificio con tal de salvar el honor de la patria. De todos los labios no salía más que un grito: «¡Vencer o morir bajo los muros de Guayaquil!»

Todas las Repúblicas de América tenían los ojos clavados sobre este pueblo que defendía con tanto denuedo su independencia y que se preparaba a sostener una lucha decisiva, de la que dependía su vida o su muerte.

Flores, el antiguo Presidente de la República, desterrado de su patria desde hacía quince años, había pasado una temporada en España, desde donde seguía con interés las luchas de su pobre país. Durante su presidencia Flores había atendido más a sus comodidades y a sus placeres que al bienestar de la patria. Tenía que echarse en cara muchas faltas, pero era todavía un hombre de honor, y la noticia de que Franco vendía su país llenaba de indignación su corazón de soldado. Olvidó la valiente oposición que García Moreno había hecho a su mala administración y le envió este simple y lacónico billete:

Presidente:

En las difíciles circunstancias que atravesáis,

hacedme saber si en algo os puedo ser útil; estoy a vuestras órdenes.

Si por una parte Flores olvidaba sus rencores, por la otra García Moreno no odiaba sino el mal y apreciaba las personas; por consiguiente contestó sin titubear:

Venid inmediatamente; os nombro General en jefe.

Flores acudió y los dos adversarios políticos se abrazaron en presencia de todos.

Apenas llegado, tomó el mando del ejército y estableció su cuartel general en las alturas del Guaranda. En el llano corría el río Guayas, que algo más abajo, atravesando Guayaquil, desemboca en el mar. Flores se proponía llegar a la orilla del río y escurrirse hasta llegar a ponerse bajo los muros de la ciudad con el intento de sitiarla; pero antes de empezar las hostilidades, Moreno quiso hacer oír una vez más a Franco la voz del honor y de la razón. Le escribió, pues, una carta suplicándole que pensara en el bien de la patria y se sacrificase por ella. Y añadió con magnanimidad:

«*Y porque, oh General, no sería cosa honesta el pediros un sacrificio que yo mismo no estuviera dispuesto a cumplir, os hago una propuesta. Partamos entrambos para el extranjero, desterrémonos voluntariamente para que nadie pueda decir jamás que nosotros hacemos de esta querella una cuestión*

personal! Desapareciendo nosotros dos, el pueblo elegirá legal y libremente sus representantes y su jefe. Si vos rehusáis, oh General, no se me podrá imputar a mí la responsabilidad de la sangre que se derramará.

Esta magnánima propuesta no encontró eco en el corazón de Franco. A él nada le importaba la felicidad del país. Lo único que le interesaba era su ambición. El no quería renunciar a la presidencia que ya le había costado tantos delitos. Moreno había dado una nueva prueba de su magnanimidad. No le quedaba más que inmortalizar su nombre, entrando con la fuerza de las armas y con su audacia caballeresca en aquella inexpugnable ciudad.

Franco había dividido su ejército. Una parte de él ocupaba Babahoyo sobre las orillas de Guayas, bajo Guaranda, donde estaba acampado Flores. Era preciso, pues, que Moreno se apoderase de Babahoyo a viva fuerza. García Moreno y Flores se ponen de acuerdo. Aunque superiores en número al enemigo, había que jugar con destreza a fin de ahorrar sus fuerzas para el asalto de Guayaquil. Resolvieron bajar sin estrépito de la montaña y, evitando en cuanto era posible una gran batalla, sorprender y rodear la armada de Franco. Esta bajada prudente y secreta no duró menos de dieciséis horas. Los montañeses, todos adictos a Gar-

cía Moreno, le indicaron los movimientos del enemigo, de suerte que llegó a Babahoyo sin haber quemado un solo cartucho. Franco es sorprendido de improviso y se precipita sobre una nave que lo lleva a Guayaquil. El grueso del ejército, desbandado y desconcertado, no puede resistir a los soldados de García Moreno.

La caballería de Flores había caído sobre la artillería enemiga, que fué despedazada sobre sus propios cañones; luego se cortó la retirada a los demás soldados de Franco echando los navíos a pique.

Al anuncio de esta derrota, Franco, reducido a la desesperación, declaró Guayaquil ciudad libre e independiente, bajo el protectorado del Perú. Violaba así sus juramentos, traicionando a la vez al pueblo que había puesto en él su confianza.

CAPITULO XI.

Los héroes del Estero Salado

Guayaquil es una verdadera fortaleza inexpugnable, más defendida aún por la naturaleza que por el arte. El llano de la ciudad forma una península que se prolonga en el mar como la pica de una lanza. En la parte donde está unida al continente, la ciudad, situada sobre la altura, domina todo el llano.

Los soldados de Moreno no tenían naves para atacar la ciudad por la parte del mar, y asaltándola por la parte de tierra, debían pasar antes por una colina bien provista de cañones que no se podían evitar. Franco concentró, pues, toda su defensa por el lado de la montaña.

Moreno y Flores simularon el ataque por ese lado, pero el plan de sus operaciones fué mucho más atrevido.

A la derecha de la península un vasto terreno pantanoso, cubierto de árboles cuyas raíces entrelazadas se elevan a veces hasta a más de un metro de altura, oponían al paso de los soldados un obstáculo insuperable. Ese gran pantano se llama el *Estero Salado*. Aventurarse a cruzarlo con la tropa hubiera parecido una locura al jefe más experto, pero el genio de García Moreno no se desalentaba ante lasdificultades y los peligros.

Mientras la guarnición de Guayaquil estaba sumergida en el sueño, creyendo que el asalto de la colina se realizaría al día siguiente, los soldados de Quito desfilaron silenciosos y llegaron ordenados a la orilla de la laguna. Sin vacilación y sin miedo, se arrojaron a ella. La historia de las guerras no cuenta muchas páginas tan gloriosas como escribió aquel puñado de valientes.

Avanzaban a duras penas y a costa de es-

fuerzos inauditos. No se divisaban más que uniformes que se deslizaban entre las ramas, que se hundían en el charco, que se enroscaban a los árboles, que se zambullían en las aguas. Finalmente la infantería tocó la meta; pero las dificultades se duplicaron cuando llegó el turno de la artillería. Figuraos un material de guerra transportado sobre un terreno blando que carece de solidez; donde los soldados se hunden hasta la cintura. Se desmontan los cañones. Se necesitan doce hombres para levantar los armamentos y diez para los afustes. Las cajas de las municiones son traídas por la retaguardia.

Algunas ramas ceden bajo el peso, y los soldados caen al pantano. Y todo esto con pérdida de un tiempo preciosísimo.

De repente estalla un grito de alarma en el campo enemigo que recién acaba de despertarse del sueño.

— ¡Estamos asaltados por el lado del mar!

La confusión es indecible. Se improvisa la defensa, pero después de pocos momentos, los asaltados emprenden la fuga a través de las calles de la ciudad.

El Gral. Franco se refugia en las naves peruanas y abandona Guayaquil en poder de los héroes del 24 de Septiembre de 1860.

Con la audacia de un héroe, García Moreno había librado a la República del nefasto

triunvirato de Urbina, Robles y Franco que querían su ruina. Siempre modesto y religioso, también en sus triunfos, García Moreno atribuyó a la Virgen Santísima esta inesperada victoria. El 24 de Septiembre era fiesta de la Virgen de la Merced para la redención de los cautivos, y él decretó que la libertadora de los ecuatorianos fuera invocada por la milicia del país y que cada año, en el aniversario de la toma de Guayaquil, el Gobierno asistiera oficialmente a las solemnidades de la Iglesia.

CAPITULO XII.

Un Presidente cristiano

Después de tantas luchas y tantas desgracias sufridas por aquel pobre país, todo estaba por ordenar, todo por reconstruir, y García Moreno no dormía sobre sus laureles.

Ante todo, recordó que él no era más que el jefe provisorio del Estado. Quiso, pues, tener una misión legítima para la obra de renovación a la que se aprestaba, e intimó las elecciones generales.

A pesar de las mañas y enredos de los sediciosos de Guayaquil, García Moreno fué nombrado, por un período de cuatro años,

residente de la República, con tal mayoría
e votos que parecía un plebiscito.

Moreno echó manos a la obra. La refor-
a empezó y salió con un éxito que no tiene
ual en ningún acontecimiento análogo.

Desde hacía años, el Ecuador era gober-
ido por ineptos y por tiranos; García Mo-
no, con el corazón, con el talento y con
conciencia, debía abrir una era de paz
de felicidad a su pueblo.

Ante todo había que educar cristianamen-
. El único, el verdadero dueño es Dios, y
s que ocupan su lugar en la tierra deben
rar y mandar en su nombre. Los caprichos,
s intereses, las simpatías y los rencores in-
viduales deben ceder a este gran principio.

programa de García Moreno estaba con-
nsado en la primera respuesta del catecis-
, que él, cuando niño, había aprendido
n bien sobre las rodillas de la madre. —
ara qué fin nos ha creado Dios? Para cono-
rle, amarle y servirle en esta vida y para
un día a gozar de El en la patria celestial.

Al igual de los individuos, también las
ciones fueron creadas para el mismo fin.
Esas sublimes palabras habían revelado al
evo Presidente el íntimo y verdadero sig-
icado de la vida humana.

En el Ecuador faltaban maestros, y maes-
s cristianos; García Moreno los hizo ve-
de Italia y de Francia.

Los Jesuítas vueltos a Quito, vieron ac
dir en masa a su espléndido colegio los jóv
nes de las principales familias de la Repúblic
Las Damas del Sagrado Corazón hicieron p
ra las niñas lo que los hijos de San Ignac
hacían para los niños. Los Hermanos de l
Escuelas Cristianas y las Hermanas de
Caridad abrieron escuelas para el pueblo.

Y no sólo las escuelas sino también l
hospitales y las prisiones fueron confiad
a las buenas Hermanas y a los humildes r
ligiosos que no pedían más libertad que
de poder asistir, consolar y animar a s
hermanos en la persona de los pobres,
los enfermos, de los reos y de todos l
desventurados.

García Moreno había tomado por divi
este lema: *Libertad para todos y para tod*
menos para el mal y para los malhechor

Mas, para llevar a cabo tantas empres
se necesitaba dinero, y García Moreno
podía gravar con nuevos impuestos al pa
reducido ya al extremo por la guerra ci
y por las revoluciones. Empezó, pues, p
descartar, y declarar cesantes a ciertos en
pleados inútiles y faltos de probidad, q
so pretexto de velar por las finanzas d
Estado las dilapidaban. Con este procede
se creó enemigos; pero el desaliento
hallaba lugar en su corazón. Exigía
us empleados un ord en, una regularid

una honestidad a toda prueba. Todos des-
e el primero hasta el último, (y el Presiden-
predicaba con el ejemplo) debían estar en
 oficina desde las diez de la mañana has-
 las cinco de la tarde. Un retardo, una
usencia injustificada, era castigada inme-
atamente con la sustitución del empleado
ulpable. Un error de cinco céntimos no pa-
ba inadvertido.

Para dar ejemplo de desinterés, Moreno,
ue no poseía nada propio y que vivía del
atrimonio de su esposa que era muy rica,
 guarda para sí la mínima parte de es-
pendio anual. Los sesenta mil francos que
 correspondían como a jefe del Gobierno,
s repartía entre el Estado y las obras de
eneficencia.

Ordenadas ya las escuelas y las finanzas,
abía que disciplinar el ejército.

García Moreno pensó que era necesario
eshacerse de ciertos soldados chismosos,
disciplinados e incontentables que se creen
periores a las leyes y al Gobierno y que
estituyen por capricho o por antipatía al
fe del Estado cuando creen tener moti-
os para quejarse de él.

La menor rebelión, el más pequeño acto
 insubordinación fueron castigados como
 merecían. Los culpables tuvieron miedo
el orden renació en las filas del ejérci-
. En un principio no se prestó mucha fe

a la firmeza del Presidente. Sabíase que er tan bondadoso, tan condescendiente, que n se pensó en su firmeza. Pero García Morer era fiel a su divisa: *Libertad para todos para todo, menos para el mal y para lo malhechores.*

Uno de los generales de Franco, Ayarz que llevaba vida privada en Quito, se pe mitió criticar y desaprobar los rigores d nuevo Presidente entre los oficiales d ejército. El culpable fué arrestado, llevad al cuartel y azotado como, a la sazón, se s lía hacer con un pobre cónscripto.

— Fusiladme, gritaba Ayarza — no s azota de esta manera a un general como y

— No se malgasta pólvora para fusil a un traidor - contestó García Moreno.

Una de las plagas del ejército era la d serción.

Moreno hizo publicar solemnemente e los cuarteles que el primer soldado que d sertase sería fusilado irremisiblemente. A día siguiente, tres jóvenes soldados, de preciando el aviso y creyendo que la am naza sería vana, huyeron del campament Al día siguiente fueron alcanzados y fus lados en el acto. Desde aquel día ya n hubo ni viles ni cobardes en las filas d ejército. Y ni siquiera un soldado aband nó su puesto.

García Moreno quiso coronar su obra h

endo con la Santa Sede un concordato que
ebía unir las fuerzas de la Iglesia con las
el Estado. Al efecto, envió a Roma al ar-
ediano de Cuenca, Don Ignacio Ordóñez,
ara tratar este delicado asunto con S.
antidad Pío IX; y cuando el concordato
ié concluído, se leyeron solemnemente sus
tículos en la Catedral de Quito, entre el
sparo de las artillerías y el Canto del Te
eum.

Los malvados reprimieron a duras penas
rabia; los buenos vieron con lágrimas de
zo ondear las dos banderas: la de la Re-
iblica y la del Papa, y se recogieron con
nfianza bajo sus sombras benéficas.

CAPITULO XIII.

Un General traidor

El nombre de García Moreno corría ben-
cido por los labios de todo un pueblo que
a volver la paz y la riqueza al país. Pero
s enemigos no dormían.

Urbina, el viejo conspirador, tenía rela-
nes secretas con los enemigos de la Repú-
ca, especialmente con los de Guayaquil,
el foco de discordia que nunca se había
gado completamente. Echaba mano de
os los medios posibles para hacer estallar

la guerra entre su país y la Colombia y
Perú.

Otro enemigo de García Moreno era
general Maldonado, el cual trabajaba
descanso entre los oficiales de la guarnici
de Guayaquil para provocar una revoluci

García descubrió sus intrigas y haciénd
llamar lo amonestó severamente echánd
en cara su traición.

Maldonado se defendió lo mejor que pu

— Está bien, general, replicó el Pre
dente, por esta vez os perdono, pero rec
dadlo: si os sorprendo otra vez metido
estos torpes manejos, aunque seáis gener
os haré fusilar en la plaza de Quito.

La amonestación no produjo efecto.

Algún tiempo después los conjurados,
atrevidos que nunca, habían urdido una
ma con el intento de asesinar al Presiden
Uno de ellos, impelido por los remordimi
tos, fué, algunas horas antes de que se per
trase el crimen, a descubrirlo todo a Gar
Moreno.

Vuela éste inmediatamente al cuar
hace arrestar al oficial de piquete y le di

— Os doy cinco minutos de tiempo p
revelarme el nombre de vuestros cómplic
si no lo hacéis, seréis fusilado como traid

El oficial, aterrorizado, obedece. Los
pables son arrestados y encerrados en
cárcel, pero el general Maldonado se p

salvo, internándose en una floresta donde
rmanece por dos meses.

Entretanto corrían voces de sorpresas fu-
stas que convulsionarían al país.

En efecto, Urbina preparaba naves perua-
s contra el Ecuador. Se estaba, pues, entre
s fuegos: con el extranjero a las puertas,
con los revoltosos en casa. Moreno com-
endió que era indispensable un solemne
armiento.

— «Ocúltese Maldonado con la mayor cau-
a—decía él— porque si lo encuentro, de-
é hacer justicia!... »

Extraña coincidencia! El mismo día en
los soldados de Urbina ponían pie sobre
lo ecuatoriano, el fugitivo fué capturado y
arcelado. Descubierto en un caserío de los
ededores de Guayaquil, fué llevado, debi-
nente escoltado, a las cárceles de Quito.
Maldonado ha dado pruebas de valor mi-
r; es un valiente — se decía — y el Pre-
ente no se atreverá a llevar a efecto sus
enazas de muerte.

También Maldonado se ilusionaba con es-
halagos. Lleno de orgullo, sin arrepentir-
de sus traiciones, se creía seguro,
ndo vió abrirse la cárcel y entrar en ella
mismo Presidente el cual, con acento
o y apesadumbrado, procuró inspirarle
ror al delito presente que aniquilaba todo
glorioso pasado.

El general permaneció sordo a toda razó
y García Moreno, al retirarse, tuvo q
anunciarle la dolorosa noticia de su próxi
muerte.

— General, le dijo, arrepentíos y prepar
vuestra alma para comparecer ante el Ju
Supremo, porque mañana, a las cinco,
no existiréis.

Entre un hombre y la patria, Moreno
se creía con derecho de escoger. Si Mal
nado no sufría su castigo, la revolución triu
faría.

Al oír las palabras de su Jefe, las ilusion
del prisionero se desvanecieron. Compren
que estaba perdido; pidió un sacerdote y
preparó a morir.

El 30 de Agosto de 1864, el coronel Da
puso en ala sus soldados desde la cárcel ha
la plaza de la ejecución. El pueblo, estupef
to y tembloroso, se asomaba a las puertas
las ventanas preguntándose y cuchichear
en voz baja.

Se esperaba que todo aquel aparato
fuerza que se desplegaba no tendría o
objeto que el de hacer más solemne el dec
to de *indulto* en favor del condenado.

De repente, una señora vestida de lu
cruza la muchedumbre y entra en la c
cel. Es la mujer de Maldonado que va
dar el último adiós a su esposo.

A la vista de aquel espectáculo, la turb

mudable como siempre, desea el *indulto* del traidor. La palabra *indulto* corre de boca en boca, repetida, especialmente por los revoltosos que aprovechan el momento oportuno.

García Moreno, sospechando lo que pasa, ordena que se pongan guardias a la puerta de su casa. El no puede, no debe conceder el *indulto*, y solo, contra la multitud, carga con la responsabilidad de la sentencia pronunciada.

Un amigo suyo quiere romper la consigna. El lo hace arrestar y encerrar en su antesala.

Faltan pocos minutos para las cinco. Es la hora de la justicia; pero el coronel Dalgo, turbado por los gritos que oye, titubea y envía un correo al Presidente para saber cuál es su última voluntad.

— Decid al coronel Dalgo, contesta Moreno al mensajero, que si a las cinco no oigo el silbido de las balas, el fusilado será él.

A los pocos instantes una descarga de fusilería anunciaba a Quito que el traidor de la patria había muerto, y García Moreno, con la conciencia de juez tranquila, con la frente erguida, cruza la plaza de Quito para vigilar ciertos trabajos que él había encargado.

Nadie se atrevió a decir una palabra de crítica en su presencia.

Etretanto espiraba el período presidencial de García Moreno. Los cuatro años habían pasado y, según la Constitución no podía ser reelegido. Este desastroso artículo de la ley ecuatoriana debía reconducir el país al borde del precipicio.

El período electoral que precedió al mes de Mayo de 1865 fué borrascoso. Dos candidatos se hallaban de frente.

Un revolucionario de Guayaquil llamado Pedro Carb, apoyado por los urbinistas y un conservador, religioso, amigo del orden, llamado Gerónimo de Carrión, sostenido por el Gobierno, el cual, sin embargo, estaba llamado a una sucesión dificilísima.

El genio no se improvisa, y el Ecuador se hallaba en tal estado que sólo un genio podía salvarlo.

El pueblo eligió el candidato sostenido por el Gobierno. Carrión obtuvo veintitrés mil votos: los urbinistas no pasaron de ocho mil. Este mal éxito no hizo más que acrecentar las iras de los revolucionarios, los cuales creyeron llegado el momento de un golpe de mano desesperado.

Para colmo de desgracia le faltaba a la República, en aquellos días, el Gral. Flores.

Mientras Maldonado caía muerto en la plaza de Quito, el general Flores llevaba a la victoria los soldados que luchaban contra el Perú, instigado por Urbina.

CAPITULO XIV.

Veni, vidi, vici

El Ecuador no tenía más que un navío de Guerra, el *Guayas*, que ordinariamente se anclaba en el puerto de Guayaquil. Un buque mercantil, el *Washington*, habiéndose acercado cierta tarde a una pequeña isla del río, unos cincuenta partidarios de Urbina, escondidos en ella, de acuerdo con el capitán, al que habían desembolsado cinco mil francos, se apoderaron de él y salieron silenciosamente al encuentro del *Guayas* que no tenía motivo para sospechar del rumbo que llevaba la nave mercantil, atribuyéndolo a una falsa maniobra del Capitán.

Tan es así que el *Guayas* acudió presuroso para prestar, en todo caso, auxilio al *Washington;* pero los soldados de Urbina se presentan sobre la nave, matan al comandante y a los marineros desarmados y, remolcando el *Guayas*, lo arrastran a alta mar, se apoderan de un segundo buque mercantil llamado el *Bernardito* y van a la rada de Jambeli, distante siete leguas de Guayaquil.

Cuando el tronar del cañón despertó sobre-

saltados a los habitantes de la ciudad, el golpe ya estaba dado. Urbina y Franco, al frente de una gavilla de hombres, invadían el país por el lado de *Santa Rosa* al paso que la flotilla robada se aprestaba a sitiar el puerto. Los ecuatorianos, puestos entre dos fuegos y sin medios de defensa por el lado del mar, debían necesariamente sucumbir en la lucha.

No pensaba lo mismo García el Grande.

Un correo despachado en Quito llegó, después de tres días de marchas forzadas, a comunicarle la noticia. Moreno, convaleciente de una enfermedad de hígado, hallábase en la quinta de su amigo Juan Aguirre. El correo llegó en el corazón de la noche. Moreno se levanta, monta a caballo, vuelve a Quito, escribe algún decreto que debía publicarse al día siguiente en el diario oficial, y sin decir palabra a nadie, sin descansar, sin detenerse, acompañado por su ayudante de campo, recorre en tres días las ochenta leguas de montaña que lo separan de Guayaquil. La ciudad revolucionaria estaba dominada a la vez por la angustia y por el regocijo. Los enemigos de Moreno rebosaron de júbilo.

El Concejo municipal estaba en sesión permanente por la gravedad del momento. Allí se disputaba, y la mayoría de los concejales, que se componía de individuos enemi-

gos del valiente García, murmuraban de él.

— Al fin y al cabo, se decía, Moreno es un déspota. El todo lo hace a su antojo y acusa a los adversarios. ¿Y ahora cómo se las compondrá para salir del lío en que se halla envuelto? Moreno ya está vencido.

Y mientras se hablaba así en voz baja y alguno ya se inclinaba hacia el sol naciente que era Urbina, y se regocijaba de los apuros en que debía hallarse el Presidente, he aquí que de repente se abren de par en par las puertas del Concejo y el ayudante de campo anuncia con voz vibrante:

— ¡García Moreno, el Presidente!

El improviso estallido de un rayo no habría producido tanto espanto como el que causó la aparición del Presidente. Los concejales aturdidos, se escabulleron cada uno por su lado y volvieron a su casa; y poco después pudieron leer el programa que el intrépido Presidente había hecho fijar en todos los edificios públicos. Era un decreto que calificaba de piratas a los ladrones del *Guayas*, del *Washington* y del *Bernardito*. El decreto autorizaba a todas las naves perseguirlos como a tales. Los piratas, sorprendidos en infraganti debían ser juzgados verdaderamente, sin más procedimiento, y severamente castigados. El ejército estaba puesto en pie de guerra, y García Moreno tomaba personalmente el mando de las tropas.

Casi todos los días, naves extranjeras tocaban el puerto de Guayaquil. García Moreno hace llamar al cónsul inglés y le ruega que le preste el *Talca*, nave de guerra británica, que estaba anclada en la bahía, para perseguir a los ladrones. El cónsul que, como inglés, sabe hacer muy bien sus cuentas, objeta que el *Talca* corre grave riesgo en semejante empresa, y exige el precio de la nave; un millón y doscientos mil francos.

Era un precio enorme. Sin embargo García Moreno acepta y cierra el contrato.

Pero el capitán del *Talca* pretendía que el cónsul no tenía derecho de vender la nave.

— La bandera de la *Gran Bretaña* ondea sobre mi nave y antes de arrancarla se deberá pasar sobre mi cuerpo.

García Moreno corta toda dificultad. Manda a sus soldados que suban al acorazado; se presenta al capitán y con voz terrible le dice :

— O Ud. desiste de sus desleales oposiciones, puesto que yo he pagado el *Talca*, o le hago fusilar en el acto. Su bandera, de la que Ud. habla con tanto desatino, le servirá de sábana mortuoria. ¡ Elija usted !

El capitán calló.

Visitando la máquina, el Presidente advierte que tiene varios desperfectos y que necesita reparaciones. Hace llamar a los dos

mecánicos de a bordo y les ordena, so pena de muerte, que hagan las debidas composturas.

El proyecto de ir al puerto de *Jambelí* pareció tan insensato que fué necesario pagar a peso de oro a los marineros. A un maquinista se le pagó cien mil francos.

Respecto a los soldados, García no les dice una sola palabra.

— No quiero conmigo ni viles ni cobardes. Los valientes pónganse a la derecha; los cobardes a la izquierda: yo escogeré.

Todos, como un solo hombre, pasaron a la derecha.

Moreno escoge doscientos cincuenta hombres con sus oficiales y parte acompañado por las bendiciones de los buenos y por las maldiciones de los partidarios de Urbina.

Eran las seis de la tarde. Al día siguiente, 26 de Junio, a las ocho de la mañana, el *Talca* llega a divisar la flotilla enemiga, anclada en la rada de *Jambelí*.

Urbina y Robles estaban en el Washington. Los soldados del *Guayas* abren fuego y concentran todas sus baterías contra el *Talca* que huye a todo escape.

García Moreno grita:

— Ningún golpe inútil; ¡ mano a los puñales y adelante !

La nave resiste a todas las descargas y vuela, sin contestar el fuego, bajo una densa

granizada de balas. Pero de repente se oye una detonación formidable.

Una bomba, lanzada desde el *Talca*, ha abierto los costados del *Guayas*. Con un golpe de espolón, el *Talca* acaba de abrir la entrada del agua en la nave enemiga. Los soldados, con Moreno al frente, se precipitan sobre el combés de la nave que está a punto de hundirse, y pasan a filo de espada a todos los que encuentran.

Urbina, Robles y sus compañeros, que banqueteaban celebrando sus victorias, al primer golpe de cañón, asustados, abandonan el *Washington*, se arrojan al agua y huyen a las florestas cercanas, sin tener tiempo para llevar consigo las cajas, en las que Moreno encuentra una crecida suma de dinero en *billetes falsos*, con la correspondencia secreta de los traidores de Guayaquil que con esto acababan, por fin, de ser desenmascarados.

Exceptuando el *Guayas* que se había ido a pique, la flota se encuentra ahora en poder del Gobierno. Los piratas que no habían muerto en la lucha son arrestados en número de cuarenta y cinco, sobre el mismo bajel. Moreno forma el Consejo de guerra.

Dieciséis prisioneros, enrolados por fuerza, son agraciados. Los otros veintinueve, reconocidos culpables, son condenados a

muerte. Un sacerdote oye la confesión de cada condenado, y cada media hora una descarga de mosquetería anuncia que la justicia ha cumplido con su deber. El capellán pide gracia por el último condenado. El Presidente está a punto de otorgársela, cuando advierte que el culpable lleva la divisa del comandante del *Guayas* a quien él mismo había asesinado y Moreno lo manda fusilar.

Durante esta rápida escena, los habitantes de Guayaquil esperaban ansiosos en la orilla. Las naves vuelven a entrar en el puerto. Cada uno cree ver sobre el puente del Talca a la persona de Urbina triunfante, pero un grito de entusiasmo sale de todos los pechos. Moreno, está de pie sobre a proa de la nave.

El Presidente había salido de Quito pocos días antes, inquieto y enfermo, y ahora volvía de *Jambelí* vencedor y curado. La victoria le infundió nuevo vigor y nuevos bríos.

Se le recibió triunfalmente. Las diez sociedades populares de la Capital le ofrecieron una medalla de oro y diamantes con esta hermosa inscripción :

A García Moreno, modelo de virtud, como obsequio por los servicios prestados a la patria.

❧ ❧ ❧ ❧

CAPITULO XV.

A Chile

Entretanto los cuatro años habían espirado precisamente en el mismo día del triunfo de García Moreno en Guayaquil, y él dejaba el poder; y lo dejaba en las manos del Presidente Carrión.

Pero Carrión, hombre honesto y buen cristiano cuanto se quiera, carecía de la energía y de la firmeza necesaria para continuar la sabia política de su predecesor.

García no había tenido miedo de nada. Convencido de la rectitud y de la conveniencia de su modo de proceder, y consciente de su derecho, había desafiado la muerte, la opinión pública, los furores de la multitud, y había vencido. El nuevo Gobierno quiso hacer la paz con los que amaban la guerra.

Carrión inauguró un sistema de concesiones y de debilidades que comprometían el edificio que García Moreno con tanto sacrificio había levantado.

Para facilitar las cosas al nuevo Presidente, García Moreno resolvió expatriarse, y solicitó permiso para ello. Se le suplicó que renunciara a su proyecto y se le negó el permiso solicitado.

Mas, aun afirmando que García Moreno

era necesario en el Ecuador, el Presidente Carrión, en vez de inspirarse en sus consejos, se rodeó de los adversarios del hombre que él admiraba. Carrión quería realizar un ideal en el cual García, más sabio que él, jamás había pensado. Se propuso contentar a todos, y como suele suceder al que pretende lo imposible, acabó por no contentar a nadie.

Los conservadores le echaban en cara, y con razón, sus promesas antiguas y las nuevas concesiones ; los revolucionarios, por su parte, jamás plenamente satisfechos de las concesiones obtenidas, pedían siempre otras nuevas, y acabaron por alcanzar el alejamiento de Carcía Moreno que adivinaba todos sus proyectos y desenmascaraba todas sus imaginaciones.

Carrión acariciaba la idea de estipular un contrato de comercio y navegación con Chile. Ese tratado no era urgente y no preocupaba a nadie, pero no dejaba de ser un proyecto plausible. Garrión estaba empeñado en ese negocio y nombró a García Moreno enviado extraordinario a Chile para concluir el tratado. García amaba aquella nación y aceptó muy gustoso, pero a los verdaderos amigos de García, su alejamiento los llenó de indignación. Y más que nadie estaba indignado su hermano Pablo que había emprendido en Guayaquil un importante negocio

comercial y no sabía resignarse al ver las dificultades y oposiciones con que el gran hombre debía luchar.

— Que sus enemigos declarados lo hostilicen, lo comprendo y no lo extraño, decía él, pero las vilezas, las traiciones, las deserciones de los que se declaran amigos suyos ..... oh, esto no lo puedo tragar. Y todo por cuestiones insignificantes de ambición y de vanidad.

Pablo había puesto muchas veces a disposición del joven hermano sus considerables riquezas, y ahora, conmovido hasta las lágrimas :

— Toma, le decía, toma todo lo que quieras de mi casa, pero vete a vivir tranquilo y feliz a donde mejor te parezca, con tal que sea muy lejos de este país donde con tal obra heroica y benéfica no haces más que ganarte ingratos.

—Hermano, contestó Moreno, Dios no me ha creado para obrar el bien donde y a quien me agrada. Yo lo haré al Ecuador, a despecho de los hombres y de su perversidad. Yo moriré, lo presiento, moriré víctima de mi deber. ¡ Más vale así! Déjame cumplir mi misión.

Se trataba de servir al país y García aceptó sin vacilar su misión a Chile.

CAPITULO XVI.

García Moreno en peligro

García Moreno debía embarcarse el 27 de Junio en Guayaquil, y detenerse algunos días en Lima, capital del Perú, para arreglar asuntos de gobierno. Los revolucionarios no cabían en sí de gozo. Habían tramado cobardemente contra su vida y estaban persuadidos que el ministro plenipotenciario ya no volvería de Chile. Pero el secreto no fué suficientemente guardado. Algunos días antes de la partida, una noble dama llegada de Lima, se presenta a Moreno y le notifica que ha oído pronunciar amenazas de muerte contra él. Urbina no cesa de conspirar y ella suplica al ex-Presidente que se ponga en guardia y, en todo caso, que no salga sino acompañado por algunos agentes disfrazados dispuestos a defenderlo. Moreno ya lo había dicho mil veces a sus amigos, que si Dios quería el sacrificio de su vida, estaba pronto a sacrificarla, pero él, por su parte, no se rehusaba ni retrocedía ante ningún peligro.

Había más.

García había sido cruelmente probado en el Santuario de su familia.

Su esposa, la Señora Rosa Ascasubi, había muerto, dejándole un niñito. El peque-

ño Grabriel tenía necesidad de alguien que lo cuídase. García Moreno, en vista de esto pidió la mano de una sobrina de su primera mujer, la señorita Mariana de Alcázar. Los padres de María temían por su suerte. En efecto, ella no andaba exenta de riesgos al unirse a un hombre de Gobierno siempre expuesto a los peligros de una catástrofe; pero la joven mujer no era inferior a la grandeza de su misión.

Sin embargo, ahora que se trataba de exponerse a un peligro evidente, García debía luchar también contra la ternura y las lágrimas de sus queridos; pero tampoco esto podía detenerlo ante el sacrificio. Se hizo violencia a sí mismo y poniendo toda su confianza en Dios partió para Chile con Ignacio de Alcázar su pariente, con un secretario llamado Pablo Herrera, con el hijo de Pablo, que a la sazón tenía catorce años, y con una niña de ocho, sobrina suya que se trasladaba a Valparaíso.

El 2 de Julio, cerca de mediodía, el tren que llevaba a García Moreno, entraba en la estación de Lima. Ignacio de Alcázar bajaba primero para saludar a un joven adicto a la embajada que venía a su encuentro. García Moreno, que había bajado tras él, tendía los brazos a la niña para ponerla en el suelo.

En aquel mismo instante estalla un gri-

to. Se oyen confusamente las voces de: *¡bandolero! ¡asesino!* Luego resuenan por el aire dos tiros de revólver.

Era un tal Viteri, pariente de Urbina, que había descargado su arma contra Moreno, perforándole el sombrero e hiriéndolo levemente.

Herido en la frente y en la mano derecha, él empuña su pistola. Ignacio de Alcázar se lanza sobre Viteri, y con la culata del revólver lo golpea repetidamente en la frente. Aturdido por los golpes, Viteri cae al suelo, al paso que un compañero suyo dispara sobre García; y el mismo Viteri, repuesto ya de su aturdimiento, descarga dos tiros sobre Ignacio Alcázar.

Esta trágica escena había durado pocos minutos. Como suele suceder en semejantes casos, la policía estaba en todas partes menos en donde debía estar. Se levanta un gran alboroto, acude gente y los asesinos, aprovechando la confusión, se ponen en salvo. Llega por fin un oficial; desenvaina la espada, la hace rodar para abrirse paso y hiere gravemente a Ignacio de Alcázar. Llega corriendo el Prefecto de la ciudad, se hace entregar las armas de Moreno y de su pariente, mientras el Presidente de la República del Perú envía su carruaje para hacer trasladar a García Moreno al palacio de la Presidencia.

El arma de García estaba cargada todavía con todas sus balas. En vez de servirse del derecho de su propia defensa, se había limitado a detener el brazo del asesino para ahorrar la perpetración de un delito.

La población de Lima estaba consternada. García Moreno fué tratado con todos los miramientos y consideraciones debidas a su cargo y requeridas, especialmente después de un atentado tan odioso, que si por una parte la opinión pública condenaba, por otra parte era aprobado secretamente por los revolucionarios. Se esperó que la conmoción producida por el funesto acontecimiento se calmase algún tanto, pero luego el proceso de Viteri se prolongó tanto que aquel miserable, para defender su causa, no vaciló en servirse de las mentiras más imprudentes y desvergonzadas. Dijo que él se hallaba casualmente en la estación de Lima y que viendo a Moreno, que había hecho asesinar a su hermano en Jambelí, sobre el puente del Talca, se había dejado dominar, sin advertirlo siquiera, por un sentimiento de noble indignación; que se había acercado al ex-Presidente y le había propuesto un duelo y que él, por toda contestación, se había precipitado sobre su interlocutor, empuñando el revólver. Así es que el inocente Viteri era la víctima y García Moreno el asesino.

Los jueces, la parecer,no eran mejores que el asesino. Les pareció que aquellas sabias explicaciones eran muy dignas de ser tomadas en cuenta. En cuanto a los amigos de García, testigos y actores de la aventura, fueron desatendidos como parte interesada en la cuestión, y el asesino fué absuelto.

Curado ya de sus heridas, García Moreno partió para Chile. En el espacio de seis meses concluyó el tratado y se despidió dejando a la alta sociedad chilena admirada y asombrada con la vastedad de sus conocimientos y con sus relevantes prendas diplomáticas.

CAPITULO XVII.

¡Adiós, tranquilidad!

Después de su misión en Chile, García Moreno pensó retirarse a vida privada. Hasta entonces, envuelto en la vida pública, había pensado en el Estado y en el Gobierno; ya era tiempo pues que, como buen padre de familia, proveyese al porvenir de su único hijo, el joven Gabriel, que acababa entonces de cumplir los catorce años.

Resolvió pues, trasladarse a Guayaquil. El comercio tan próspero de su hermano Pablo indicábale, al parecer, el camino que

debía seguir para asegurar a su familia un sólido y seguro bienestar material.

Fué a Guayaquil con el propósito decidido de no meterse ya en política y de consagrar a su deber de hombre privado toda la energía de sus fuerzas.

Entretanto había llegado la época de las elecciones senatoriales y Quito eligió a García como representante. Con esto, todo deseo de descanso y vida de tranquilidad se desvaneció para él en un instante. La nación lo reclamaba y García Moreno acudía.

Fué elegido casi con unanimidad de votos. Un grito de rabia salió del pecho de los urbinistas. Ellos, de común acuerdo juraron hacer anular la elección. Era preciso sin embargo, hallar un pretexto plausible.

Aquellos desalmados no se desconcertaron por tan poca cosa. El atentado de Viteri en Lima les suministró el material necesario. ¡No se hallaba García bajo la imputación de un asesinato? Esta prevención era suficiente para excluirlo del Consejo de la Nación. El ridículo pretexto pareció a los débiles Senadores un descubrimiento maravilloso. Uno solo, el abogado Mota, enemigo personal de García Moreno dió pruebas de lealtad y desinterés. Subió tres veces a la tribuna para hablar en su favor. Cuatro Senadores votaron con él, pero la mayoría excluyó a García el Grande del Senado.

Los urbinistas, habiendo salido airosos en su empresa, se reanimaron. Rodearon al débil Presidente Carrión, recabaron de él todas las concesiones que creyeron oportunas para sus intentos, y ya estaban a punto de adueñarse del poder que Carrión era incapaz de sostener y conservar.

La nación estaba perdida, y García Moreno comprendió que era indispensable otro jefe de Gobierno.

Creyó que un tal Zaverio Espinosa ferviente católico, habría podido, siquiera por algún tiempo, conjurar el peligro de una catástrofe. Habló a tal objeto con sus amigos, que aprobaron su proyecto. Fué a ver a Carrión y le rogó con instancia que presentase su dimisión.

Carrión, en un principio se resistió, pero al fin, vencido por las razones de Moreno, consintió. Espinosa fué elegido con gran mayoría de votos para llevar a su término el desgraciado período de cuatro años. Era una tregua de dieciocho meses que Moreno alcanzaba en favor de su desventurada patria.

Pero desde los primeros meses del gobierno de Espinosa pudo convencerse de su ineptitud para el alto cargo.

Espinosa no carecía de talento; era bueno, honesto y honrado, pero le faltaba la firmeza de carácter.

Los revolucionarios ya volvían a levantar

la cabeza; la debilidad de Espinosa les devolvía el coraje y la esperanza de la victoria.

García Moreno, disgustado, nauseado pensó buscar en otra parte un poco de paz. La vida de Guayaquil, con su agitación febril, ya no era para él.

El soñaba con el campo, con la soledad, con los grandes horizontes.

Halló, en las cercanías de Ibarra, una vasta posesión llamada *Guachala* y pensó arrendarla. Quería dedicarse a la agricultura. Por otra parte su salud, aquella salud de hierro, como la llamaba él, empezaba a menoscabarse. Necesitaba descanso y esperaba encontrarlo en la soledad de *Guachala*.

¿Y el Gobierno? El Gobierno estaba contento y satisfecho de la determinación tomada por García Moreno.

— Dejémosle plantar sus repollos, se decían, dejémosle funcionar como pastor entre sus ovejas...

❧ ❧ ❧ ❧

CAPITULO XVIII.

La erupción de un volcán

La noche del 15 al 16 de Agosto de 1868, día siguiente de la fiesta de la Anunciación de María Santísima al cielo, una sacudida espantosa despertaba de sobresalto a todos los habitantes de la provincia de Ibarra.

De improviso, sin causa aparente y sin ninguna señal precursora, esa parte del Ecuador fué arrasada casi en su totalidad. La tierra se abrió con un bramido espantoso. Todas las casas, las florestas se hunden en vorágines y sepultan bajo los escombros la mitad de la población de la desventurada ciudad de Ibarra. Los que habían quedado incólumes, mudos de espanto, eran víctima de la desesperación. No había familia ni casa donde no hubiera que deplorar la pérdida de algún pariente o amigo; y en ese dolor sin nombre, no eran los muertos los más dignos de compasión. Más de cinco mil personas quedaban sofocadas entre las ruinas, mutiladas, sepultadas, pidiendo en vano socorro y auxilio. En todas partes no se oía más que gritos, llantos, gemidos de moribundos y carcajadas de enloquecidos. Y como suele acontecer en tan enormes desgracias públicas, gente malvada y sin entrañas, se aprovechaba del desorden. Crueles

asesinos mataban a los moribundos para despojarlos ; y hasta los feroces indianos del Napo acudían desde sus desiertos en busca de botín. Escenas bárbaras y espeluznantes ! Se vió un pobre herido que chorreaba sangre, incorporarse e implorar el auxilio del hermano que se había salvado de la catástrofe. El miserable, verdadera fiera humana, en vez de prestarle auxilio, le dió el golpe de gracia. La muerte del hermano le dejaba único heredero de los bienes de familia.

En la finca de *Guachala*, García Moreno había sido respetado. Se movió inmediatamente para socorrer a las víctimas, y envió todo lo que tenía, en víveres y provisiones, al lugar del desastre. El Gobierno no sabía que hacer. Finalmente (como solía hacer cuando se hallaba en apuros) pensó en García Moreno y le nombró Gobernador de la casi destruída provincia.

Un rayo de esperanza brilló sobre la cuidad en ruinas al oír la fausta noticia, y García Moreno acudió con sus soldados al lugar de la catástrofe.

A poca distancia de la ciudad un torrente engrosado por las aguas y por la lava, detiene a los soldados. Moreno espolea su caballo, se lanza en el cieno y su escudero lo sigue animosamente. Llegado a la otra orilla, García, con buen orden, da principio al salvamento.

Escuadrillas de hombres se encargan de remover los escombros ; otros de socorrer a los heridos ; una parte de los soldados persigue a los indianos y a los ladrones. Los auxilios, en mercadería y dinero, llegados de todas las ciudades del Ecuador, se distribuyen con generosidad y con justicia. Por fin, a los pobres habitantes les sonríe la esperanza de días mejores.

Más de veinte mil personas habían sido víctimas de aquel desastre, pero, debido a la incansable actividad de nuestro Gobernador pudo resucitar de sus cenizas.

El nombre de su bienhechor estaba en los labios de todos, y cuando las cosas volvieron a su estado normal, las ciudad, en nombre de toda la provincia, ofreció a García Moreno una medalla de oro esmaltada de diamantes, que llevaba grabadas las siguientes palabras que expresaban el pensamiento de todos: *Al salvador de Ibarra.*

❦ ❦ ❦ ❦

CAPITULO XIX.

El fin de la lucha

El Gobierno le había tributado públicas alabanzas, y García Moreno creyó oportuno este momento de entusiasmo pasajero para hacer comprender al débil Espinosa que sus condescendencias con los revolucionarios llevaban el país a la ruína. Pero no fué escuchado. Más desalentado que nunca, volvió a *Guachala*, resuelto a quedarse en su querida soledad y con el propósito de no salir jamás de ella.

La experiencia había enseñado a García Moreno que la energía y el genio de un hombre de buena voluntad no bastan para salvar a un país cuando las leyes de ese país son malas en sí mismas; por consiguiente, cuando sus amigos, censurando el proceder de Espinosa, le expresaban el deseo de ver al *salvador de Ibarra* volver a la Presidencia él decía candorosamente :

— No, nada quiero ya saber de semejantes cargos; y la razón de esto no es un vano pretexto. Si yo tuve alguna vez motivo de arrepentirme de algo, es el haber aceptado, en 1861, la jefatura de un Estado que tiene leyes absurdas. Si me apoyaba únicamente en la ley, arruinaba al país ; se gritaba entonces contra el despotismo y contra la ti-

anía. Para gobernar en tales condiciones seía preciso ser un necio o un ángel, y yo no oy ni lo uno ni lo otro.

Sin embargo, el pensamiento de la nueva Presidencia era el único que preocupaba todos los ánimos. La época de las elecciones e acercaba a más andar.

A pesar de su resistencia, sus amigos lo scogieron por su candidato. García se rehuó insistentemente.

El hubiera querido investir del poder a un ptimo y valiente soldado: al gobernador e Guayaquil, General Darquea. Los conervadores se obstinaron, pero Moreno se esistía. Los enemigos de García proonían a un urbinista, pintando a Moreno omo un ambicioso ávido del poder.

La interinidad de Espinosa espiraba en Iayo de 1869. Los revolucionarios, no queiendo esperar por más tiempo, resolvieron ecretamente hacer la revolución y fijaron ara ella el día 8 de Enero.

Por lo demás, hay que confesarlo, el moiento era oportuno. El pobre Espinosa, a ierza de concesiones, había llegado a aparır de sí a todos los buenos, y se había rodeao de los peores enemigos.

Moreno estaba enterado de todo. Se preentó, pues, a él y le suplicó que llamase uevamente a los hombres honrados y leas que podían todavía ahorrar al país el

azote de la guerra civil; pero todo fué inútil. El Presidente no quiso adoptar el sabio consejo. Era necesario, pues, salvar el gobierno a pesar suyo.

El lúnes, 18 de Enero, Espinosa debía ser echado por los revolucionarios: García Moreno debió prevenir a los audaces.

El sábado 16, hacia la tarde, él reúne a sus amigos, descubre la conjuración de los revolucionarios y añade:

— Si queréis obrar, hacedlo inmediatamente. No mañana, ni pasado mañana, sino esta misma noche. Son las diez. Hacia la media noche, me encargo de prevenir a los soldados. Con el ejército en nuestro favor el proyecto de los conspiradores queda arruinado. En cuanto a Espinosa, lo secuestraremos en su casa y el pueblo, con su libertad de voto, elegirá por Presidente al general Darquea.

A García Moreno no se le podía resistir. Dió a cada uno sus órdenes y, solito, en el corazón de la noche, seguido por algunos de los suyos, va en derechura al soldado de guardia, a la entrada del cuartel:

— ¿Quién vive? — grita el centinela.

— García Moreno.

¡Era un nombre tan simpático! El soldado lo había aplaudido tantas veces!...

— ¿Y qué quiere usted a estas horas? — dice el soldado algo turbado.

— Quiero salvar la religión y la patria. Tú me conoces. Déjame pasar.

El arma cayó de las manos del soldado:

— ¡ Viva García Moreno ! — gritó a voz en cuello.

Muy pronto todo el ejército repitió como un solo hombre : — ¡ Viva García Moreno !

Este grito llegó a los oídos de los revolucionarios, los cuales huyeron espantados. Espinosa, custodiado en su casa, no intentó siquiera resistir a la voluntad de Moreno. En Quito el éxito estaba asegurado.

Moreno monta a caballo, parte al galope para Guayaquil, llega hacia las nueve de la noche del día 20 y va directamente al cuartel de artillería.

Cuando, dos horas después, el Gobernador Darquea, enterado de su llegada, acudió, todo estaba hecho. En Guayaquil, lo mismo que en Quito, no se oía más que un solo grito : ¡ Viva García Moreno ! Como solía suceder en semejantes casos, los urbinistas enmascarados eran los que gritaban más fuerte.

García Moreno, sentado tranquilamente a su escritorio, dictaba órdenes, escribía y saboreaba el placer del triunfo, a saber, el de haber efectuado una contrarrevolución sin haber disparado un tiro y sin haber derramado una sola gota de sangre.

Jefe del Gobierno provisorio, Moreno no pensaba sino en restablecer el arden y re-

tirarse luego a su finca de *Guachala*. Pero el pueblo, el ejército, la magistratura no pensaban del mismo modo. El Ecuador tenía necesidad de García Moreno.

El se atrinchera detrás del solemne juramento que había hecho ante Dios y ante el pueblo, de abdicar el poder después de haber restablecido el orden.

Se hicieron circular peticiones que reclamaban la elección de García Moreno para la Presidencia. Estas peticiones se llenaban de firmas; pero Moreno prohibió su circulación.

En vano se le hacía notar que un juramento que perjudica gravemente al bien público no puede obligar. El envió al Senado su dimisión oficial.

El día de la elección definitiva, la asamblea se reunió en la Iglesia de los jesuítas y antes de proceder a la votación, oyó la santa Misa. El nombre de García Moreno salió de la urna con unanimidad de votos, menos uno.

Moreno persistía siempre en su negativa.

Entonces la Asamblea creyó conveniente dejarse de súplicas y apelar al mando; y su presidente, Carbajal, se presentó a Moreno ordenándole que se sometiera a la voluntad de la Nación y prestara el juramento que se exigía al Jefe del Estado.

No quedaba más recurso que el de obe-

lecer y de dar a aquel pueblo cristiano ına nueva constitución que fuese verdadeamente cristiana: tal era la tarea que se mponía a si mismo García Moreno.

El 30 de Julio de 1869, él juró delante lel pueblo en la Iglesia Metropolitana que umplirá fielmente su deber, y añadió:

—Si cumplo mi palabra, Dios sea mi uxilio y mi defensa; si falto a ella, Dios la patria sean mis jueces.

¿Sabía él que sujetándose a la voluntad lel pueblo y dándole esta nueva constitución aceptaba su sentencia de muerte? Hay notivos para suponer que sí; mas para un héroe como Moreno, esta consideración no enía ningún valor.

En la nueva Constitución, toda basada obre la religión y sobre la moral, Moreno ntrodujo un artículo de dos renglones esasos, pero que seis años más tarde debía carrearle la muerte por parte de sus eneıigos.

He aquí dicho artículo.

Todo individuo perteneciente a una sociead prohibida por la Iglesia, queda, ipso acto privado de sus derechos de ciudaano.

PARTE SEGUNDA

CAPITULO I.

La piedad de García Moreno

Hasta ahora, llevados por la vertiginosa
apidez de los acontecimientos, no hemos vis-
o en García Moreno sino al hombre de ge-
io, al político eminente, enérgico, inque-
rantable en su fe. Si se nos permite la
xpresión, diremos que no lo hemos cono-
ido más que por su corteza. Hasta ahora
o hemos quedado más que penetrados de
dmiración ante su figura. Pero es necesa-
io que cobremos cariño a Moreno, que le
memos, por consiguiente es menester que
ntremos en su corazón; que veamos su alma
oble y grande. En una palabra, es preciso
ue conozcamos la vida íntima de nuestro
éroe.

García Moreno había aprendido sus prime-
as plegarias sobre las rodillas de la madre, y

no es posible decir cuánto él amaba a es madre, que, junto con la vida del cuerpo l había dado la fe que es la vida del alma.

La señora Mercedes vivió hasta los no venta y cuatro años, y Moreno solía llamar la *su mamá sublime*. Para comprende mejor esta piadosa veneración hacia la ma dre, reproducimos aquí la contestación que en 1873, dirigía García Moreno al arzobis po de Toledo su pariente, que le había en viado su pésame en ocasión de la muert de la noble señora:

Mi Madre -escribía él - *vivió casi un siglo Llamadme más bien afortunado, puesto qu ella era una santa. Resplandecía en su her mosa alma la fe más viva que yo jamás ha ya conocido; fe realmente capaz de traslada las montañas.*

Cuántas veces siendo yo todavía de mu tierna edad, ella se esforzaba con todo el cel que ardía en su corazón, para hacerme com prender que el único mal que debe inspirar nos horror en el mundo es el pecado y m aseguraba que sería siempre feliz si sabí sacrificar los bienes temporales, los honores y hasta la vida con tal de no ofender a Dios

Esta carta sería interminable si quisier decir todo lo que fué mi santa madre y l mucho que le debo.

Este patrimonio de fe, García Moreno de bía trasmitirlo a su hijo. Al año siguient

de la muerte de la señora Mercedes, Gabriel ingresó en el Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. El Presidente de la República acompañaba él mismo al nuevo alumno y presentándolo a aquellos religiosos les decía: « aquí tienen ustedes a mi hijo; lo único que les recomiendo es que hagan de él un buen cristiano».

Por lo demás, aquel querido niño, para llegar a ser buen cristiano no tenía más que imitar a su padre.

Despertándose y levatándose muy temprano, el Presidente del Ecuador daba principio a sus tareas diarias con la plegaria; luego se recogía en su oficina, donde, arrodillado delante del Crucifijo, hacía cada mañana media hora de meditación. De ahí sacaba él la fuerza y la sabiduría necesaria para gobernar el Estado. Estas prácticas las conservó constantemente durante toda su vida.

Se confesaba y comulgaba puntualmente cada ocho días.

Un día su confesor se ofreció dispuesto a ir semanalmente a su casa en el día y hora que más le acomodase para ahorrarle, como él decía, toda molestia y un tiempo precioso que pertenecía al Estado.

— No, padre mío, contestó humildemente; es al culpable a quien toca ir a su juez y no al juez correr en busca del pecador.

El día de la toma de Guayaquil, un amigo suyo le había regalado un pequeño libro que después de su muerte se encontró en el bolsillo del sobretodo, cuyas páginas amarillentas y cuya tapa deteriorada atestiguaban el uso frecuente que Moreno había hecho de él. Era la *Imitación de Cristo*. En la última página en blanco García había escrito sus propósitos que eran los siguiente:

. *Haré mi examen de conciencia particular dos veces cada día sobre el ejercicio de las virtudes, y un examen general durante la noche antes de acostarme.*

En mi cuarto nunca rezaré estando sentado cuando pueda hacerlo estando en pie.

Nunca tomaré parte en ningún recreo durante más de una hora y jamás después de las ocho de la noche.

Ofreceré mi corazón a Dios antes de dar principio a una acción importante.

Procuraré conservarme siempre lo más posible en la presencia de Dios, especialmente en la conversación, para evitar el peligro de propasarme en las palabras.

Asistiré diariamente a la santa Misa y pediré la virtud de la humildad.

Rezaré todos los días el santo rosario.

Esta última era la práctica de piedad predilecta del Presidente. El amaba a María Santísima y aprovechaba todas las ocasio-

nes para manifestarle su devoción. Ya se ha visto como él había puesto el ejército ecuatoriano bajo la protección especial de *Nuestra Señora de la Merced.*

El había querido afiliarse también a la Congregación Mariana establecida por los Jesuítas en Quito. Esta Congregación estaba dividida en dos secciones; la de las personas distinguidas de la Capital y la de los obreros. El quiso formar parte de la segunda, diciendo: « Mi puesto debe ser en medio del pueblo. »

Lo que hacía con ésta lo hacía también con todas las demás Congregaciones y Hermandades animándolas, fomentándolas y sossosteniendo sus obras.

García Moreno había hecho venir de los Estados Unidos a unos cuantos obreros irlandeses para fundar un aserradero a vapor. Un día fué a visitar los trabajos y costeó a sus expensas una comida a aquellos obreros. Luego, hablándoles de su país y de sus costumbres, les preguntó:

— ¿ Amáis vosotros a la Santísima Virgen ?

— Oh, sí señor, todos la amamos tiernamente, contestaron con los ojos llenos de lágrimas aquellos pobres desterrados que, viniendo de países protestantes, no esperaban sin duda semejante pregunta del Presidente de una República católica.

Pues bien, amigos míos, replicó el Pre-

sidente, siendo así, roguémosla todos juntos. ¿No tenéis dificultad en rezar conmigo el santo rosario?

— Absolutamente; al contrario, nos tendremos por muy honrados.

Y García Moreno, rodeado por aquellos buenos hijos de la católica Irlanda, se arrodilló y dió principio al rezo de su oración cotidiana y predilecta, con la mayor piedad y devoción.

Ni los viajes, ni las ocupaciones de su cargo, ni el cansancio eran para él motivo suficiente para dispensarse de sus prácticas religiosas; nada olvidaba, nada dejaba para más tarde.

Cada mañana entraba en la capilla, él mismo preparaba los ornamentos sagrados y ayudaba la santa Misa con la sencillez y naturalidad de un monaguillo, en presencia de la familia y de la servidumbre.

En su casa, el rezo de la noche se hacía en común. La familia, sus amigos, sus ayudantes de campo, sus criados, se arrodillaban en torno suyo. El dirigía las plegarias y a nadie cedía este honor.

Los domingos y días festivos añadía a las plegarias de costumbre una lectura espiritual que siempre hacía él mismo en alta voz.

No desdeñaba enseñar todos los domingos el catecismo a sus familiares, y lo hacía

con el mayor empeño y con una elocuencia tan natural y sencilla que se ganaba los corazones. En las procesiones que se hacían en honor de María Santísima o del Santísimo Sacramento, jamás faltaba el Presidente. Se le veía llegar con su brillante uniforme de General en jefe, rodeado de sus ministros y de las dignidades civiles y militares. El seguía al Santísimo Sacramento con la cabeza descubierta, a pesar de los ardientes rayos del sol ecuatoriano.

Algunos de sus ministros y generales temiendo caer víctimas de una insolación, de vez en cuando se alternaban, cediéndose mutuamente las borlas del baldaquín para guarecerse a la sombra. García Moreno, absorto en una muda adoración, no se daba cuenta, al parecer, ni de los ardores del sol, ni de lo largo del camino, y seguía la procesión en medio de la calle. Un día invitó a los Padres Redentoristas a predicar una misión en Quito. Los Padres quisieron coronar su obra con la erección de una gran Cruz que recordase a los fieles aquellos días de salud.

El predicador, erguido sobre el púlpito, hablaba de la Cruz, llamándola la *bandera del cristiano ;* y trayendo a la memoria del numeroso auditorio al emperador Heraclio, que había llevado sobre sus hombros el Santo Madero sobre el cual había muerto Jesucristo, concluía diciendo :

— « Yo espero que cada uno de vosotros, pisoteando todo respeto humano, se creerá feliz si pudiera tener el mismo honor ».

No bien acababa el predicador este apóstrofe, cuando García Moreno, con su pomposo uniforme de Generalísimo, abandona su puesto, se acerca a la pesada Cruz que se había preparado para la solemne función, se la carga al hombro y, seguido por todo el pueblo, la lleva hasta el lugar donde debía ser levantada.

¡ Qué piedad ! ¡ Qué fe viva y ardiente de aquel corazón !

CAPITULO II.

Su fe y su amor a Dios

La fe resplandecía en todos los actos, en todas las palabras de García Moreno. Sus mensajes al Senado y sus informes al Gobierno llevaban todos el sello de fe en Dios : « de aquél, decía él textualmente, a quien nosotros todo lo debemos como a nuestro Redentor y nuestro Padre, nuestro Protector y nuestro Dios. »

Es cabalmente por este espíritu de fe que él profesaba tanto respeto y veneración a los ministros de Dios y al Vicario de Je-

sucristo. Un día un pobre fraile carmelita, de paso para Quito, fué a visitar al Presidente. Con el sombrero en la mano, el pobre religioso tenía un continente tan humilde, se mostraba tan tímido que Moreno se apresuró a decirle:

— Pero, reverendo padre, póngase usted el sombrero, le ruego.

— ¡ Cómo ! - ¿ le parece ? Un pobre religioso no puede, no debe estar con la cabeza cubierta delante del Presidente de la República.

— ¡ Vaya ! usted se chancea, padre mío, contestó vivamente Moreno. ¿Y qué es, al fin y al cabo, un Presidente de República, comparado con un ministro del Señor ?

¿ Y qué diremos de su veneración por el Papa ?

Pío IX era el padre y García Moreno el hijo sumiso, respetuoso, obediente y grato. « Ya que nosotros somos católicos, decía un día en el Senado, seámoslo lógicamente, francamente, en nuestra vida pública como en nuestra vida privada. »

Y bajo el influjo de este pensamiento de fe, hacía votar por la Cámara una ofrenda anual de cincuenta y dos mil liras para el Obolo de San Pedro.

Cuando, en 1870, Roma fué quitada al Papa, él solo, entre los reinantes y jefes de Repúblicas, se atrevió a levantar su voz en

nombre del país que gobernaba. Pío IX le escribió una carta afectuosa y le envió la Cruz de caballero.

« *Santísimo Padre, contestaba él al Papa; yo no merezco recompensa ninguna... Quiera Dios iluminarme, dirigirme en todo, y otorgarme la gracia de morir por la defensa de la fe y de la Santa Iglesia. Es con estos sentimientos que yo imploro una nueva bendición sobre esta República, sobre mi familia y sobre mi persona.*»

Amenazado sin cesar por los revolucionarios, el Presidente tenía una confianza tan absoluta en Dios que descuidaba toda precaución.

«Dios, decía él, será nuestro escudo, y si sucumbimos, nada es más deseable ni más glorioso para un católico; nuestra recompensa será eterna.»

Y un día escribía a uno de sus amigos: *Se dice que los francmasones de Alemania han ordenado a los de América que desquicien y trastornen, si es preciso, el cielo y la tierra, con tal que logren derribar el Gobierno del Ecuador. Pero si Dios nos protege, qué motivos tendremos para temer.*

— A lo menos, decíale un día un amigo suyo, no salga usted de casa sin una buena escolta.

— ¿Y quién me defenderá de la escolta? contestó sonriendo el Presidente ; si el Señor

añadía con el salmista, no guarda la ciudad, en vano trabajará el encargado de velar por ella.

El pueblo lo aplaudía y lo consideraba como el Salvador de la Patria.

El se apoyaba en Dios y para atestiguarlo con un acto público, resolvió, con el consentimiento del Senado, ofrecer al mundo un espectáculo que recordaba en el siglo XIX los tiempos de Carlomagno y de San Luis rey de Francia, consagrando la República del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús.

En 1853, una gran solemnidad reunía a los pies de los altares a un pueblo entero. Se había decretado que la fiesta del Sagrado Corazón, patrono y protector de la nueva República, se celebrase en todas las Catedrales y parroquias con la mayor solemnidad posible. La misma ceremonia debía efectuarse en todas las Iglesias del país en el mismo día y a la misma hora.

En Quito, el Arzobispo pronunció, en nombre de la Iglesia, la fórmula de consagración. El Presidente, en gran uniforme, la repitió en nombre del Estado, García Moreno había logrado por fin, fundar aquella república cristiana que formaba el objeto de sus ensueños y que su genio había proyectado. El era el jefe de la República del Sagrado Corazón.

Aquella tarde, García Moreno, vuelto a su casa, lloró de ternura, y de amor por su Dios que le había concedido la dicha de ver un día tan hermoso. Le dió las gracias con una gratitud que tenía algo de sublime, y a los que le preguntaban cuál era el motivo de tanta conmoción:

—Es mi Dios, contestaba; es mi Dios que es tan bueno y por el cual yo lo daría todo, hasta la vida de mi hijo.

Su amor a Dios le hacía desear el martirio.

Una prueba de ello la tenemos en la última carta que, en 1875, escribió a Pío IX:

SANTISIMO PADRE:

« Habiendo sido, sin ningún mérito mío,
« reelegido por otros seis años para gobernar
« esta católica República, me apresuro a
« implorar vuestra bendición. El nuevo pe-
« ríodo presidencial no empezará sino el
« 30 de Agosto, día en que deberé prestar
« el juramento constitucional de costumbre,
« y sólo entonces sería mi deber notificarla
« oficialmente a Vuestra Santidad, pero qui-
« se anticiparme y hacerlo ahora mismo
« para alcanzar del Cielo la fuerza y la luz
« que necesito más que nunca para conser-
« varme siempre hijo devoto de Nuestro

« Divino Redentor,, y servidor obediente
« de su Vicario infalible.

« Mientras las logias de los países cerca-
« nos, estimulados por Alemania, vomitan
« contra mi persona toda suerte de injurias
« atroces y de horribles calumnias, buscan-
« do los medios de asesinarme, tengo más
« que nunca necesidad de la protección
« divina para vivir o morir por la de-
« fensa de nuestra santa religión y de
« esta querida república, cuyo Gobierno me
« confía nuevamente el Señor. ¿Qué mayor
« ventura podría caberme, oh Santo Padre,
« que de verme calumniado y odiado por el
« amor que profeso a Nuestro Divino Re-
« dentor? ¡Pero qué dicha más grande aún
« sería la mía si vuestra bendición me al-
« canzara del Cielo la gracia de derramar
« mi sangre por Aquel que, siendo Dios,
« quiso derramar la suya por nosotros en el
« árbol de la cruz.»

CAPITULO III.

Su caridad con el prójimo

Amando a Dios él amaba también, naturalmente, a su prójimo. Este amor fraterno brotaba principalmente del profundo concep-

to que tenía de la vida y de su fin; amaba a los hombres en Dios y según las relaciones que tienen con él.

Debido a sus trabajos con la Santa Sede, se multiplicaron en el Ecuador los Obispos y los párrocos, duplicándose con esto los servicios religiosos y morales en favor de las poblaciones de la república. Cooperó a la creación de un gran Seminario en Quito para la reforma y educación del clero. Ordenó que se dictaran misiones en las ciudades y en los pueblos del campo, y envió misiones hasta a las remotas regiones del Napo. El tenía en su corazón a los pobres indianos y hubiera querido sacarlos de su barbarie y traerlos a la civilización de Jesucristo.

Los resultados sobrepujaron toda esperanza, y García Moreno pudo escribir a un amigo suyo: *En mi país, cuando yo era joven, se podían contar los que cumplían sus deberes religiosos; hoy se pueden contar los que dejan de cumplirlos.*

A este celo por el bien general del prójimo, se hermanaban en García Moreno el interés y los desvelos por el bien de sus familiares, de sus criados y de sus amigos. En Quito, la fiesta de Nuestra Señora de la Merced es, ordinariamente, objeto de manifestaciones de una piedad tierna y suave. Algunos hacen celebrar misas; otros novenas.

rios ; éstos traen flores y aquéllos confiesan y comulgan. García Moreno tenía un amigo que lo apreciaba mucho. Era riquísimo y no carecía de sentimientos religiosos ; generoso en extremo, ponía gustoso sus riquezas a disposición del Presidente ; pero era muy descuidado en el cumplimiento de sus deberes de piedad. Faltaban pocos días para llegar a la fiesta de la Virgen de la Merced, y García Moreno, que se interesaba mucho por el bien espiritual de su amigo y deploraba su alejamiento de Dios, fué a visitarlo y le dijo :

— Mira, amigo mío, he prometido a la Santísima Virgen un ramillete para el día de su fiesta y, como suelo hacer toda vez que me hallo en apuros, vengo a decirte que el gasto del ramillete correrá por tu cuenta.

— Muy bien; ya sabes que mi bolsillo está siempre a tu disposición. No repares en el precio ; compra el mejor que hallares en el mercado.

— Sí, será hermosísimo y digno de nuestra gran Señora. Sepas, pues, añadió Moreno con viveza, que lo que he prometido a la Santísima Virgen es que tú irás a comulgar conmigo el día de su fiesta. ¿ Estamos ?.....

El pobre hombre, conmovido hasta las lágrimas, apretó en silencio la mano de su amigo y el día de la Virgen el Presidente con su nueva conquista, arrodillados uno a

lado del otro ante la mesa Eucarística, recibían la Santa Comunión con gran edificación de todo el pueblo.

Los pobres, los enfermos, los desventurados formaban el objeto de sus más tiernos desvelos ; cualquier obra de caridad que recurriese al bolsillo del Presidente lo encontraba siempre abierto.

Los mismos enemigos eran objeto de sus cuidados. La mujer de Urbina, su mayor enemigo, disfrutaba de una generosa pensión que le pagaba mensualmente García Moreno.

El fundó en Quito dos orfanotrofios ; reformó el régimen de las cárceles con el intento de moralizar a los presos ; los proveyó de capellanes y estableció las horas de escuela y de trabajo. El mismo visitaba a menudo a aquellos desgraciados, asistía a los exámenes finales, los consolaba y los animaba, dejándoles entrever la próxima aurora de un porvenir más afortunado.

Visitaba diariamente los hospitales para ver si se trataba bien a los enfermos e hizo venir de Italia las Hermanas de la Caridad para asistirlos. No bien llegaba a una ciudad donde el deber reclamaba su presencia, su primera visita era al hospital.

Un día halló en el hospital de Guayaquil a muchos enfermos tendidos en el suelo. Manifestó su desagradable sorpresa al Gobe

nador que lo acompañaba. Este alegaba la escasez de recursos....

— Supongo, sin embargo, replicó el Presidente, que esa escasez no os impedirá dormir sobre un colchón blando y mullido y, por lo visto, vuestra salud está en muy buen estado, al paso que esos pobrecitos sufren y yacen en el suelo.

— Dentro de algunas semanas, contestó el Gobernador, el inconveniente quedará remediado.

— ¡ Dentro de algunas semanas ! — gritó García Moreno, — ellos no tienen tiempo para esperar. Vos dormiréis acá esta noche y las noches siguientes, tendido en el suelo al lado de ellos hasta que los hayáis provisto de lo necesario.

Antes del anochecer, el caritativo Gobernador había encontrado el dinero, las camas y los colchones.

El Hospital de Quito comprendía tres categorías de enfermos: los leprosos, los locos y los enfermos comunes. Un día, antes que llegasen las Hermanas, los pobres leprosos se quejaron amargamente del alimento que se es suministraba. El Presidente, queriendo cerciorarse de si las quejas eran justas, fué al hospital en la hora de la comida, se sentó a la mesa con ellos y después de haber comido de todo lo que se servía ordenó, en efecto, que se efectuasen algunas reformas.

Algún tiempo después, volvió para ver si sus órdenes se habían cumplido. Uno de los enfermos, más exigente que sus compañeros, volvió al tema de las quejas y lamentos.

—Amigo, le dijo García Moreno, esta vez usted no tiene razón, porque puedo asegurar que en mi casa, a mi que soy Presidente de la República, no me tratan mejor que a Vds.

Cierto oficial amigo suyo, algo resentido contra él, no sé por qué motivo, se lo manifestaba con su continente reservado y malhumorado, hasta el punto que, encontrándolo por la calle, ya ni lo saludaba. El Presidente lo ve un día en la plaza, le va al encuentro, se inclina ante él y le dice:

—Dime la verdad, tu estás enojado conmigo, ¿no es cierto? pues bien, ¿qué quieres? ¿mi cabeza? Aquí la tienes; tómala.

El oficial, asombrado y conmovido, se apresuró a estrecharle la mano y la paz quedó restablecida.

Un día, mientras García Moreno paseaba por la calle con algunos amigos, encontró un niño que sollozaba amargamente.

El Presidente se le acérca y le pregunta cuál es el motivo de su llanto.

—Ha muerto mi mamá, contesta el niño redoblando sus sollozos.

Moreno lo acaricia, lo toma de la mano y dejando a los amigos, lo acompaña a su

casa y consuela con su presencia aquella familia triste y desolada.

García Moreno estaba ocupado de sol a sol en el despacho de los graves asuntos de la República.

Estorbado con frecuencia por importunos que muchas veces venían a él por fútiles motivos, perdía de vez en cuando la paciencia. Cierta mañana, en la que un arquitecto poco hábil lo había puesto más nervioso que de costumbre, él trabajaba con más ardor para recuperar el tiempo perdido y había ordenado al portero que no dejase entrar a nadie. Pero he aquí que, sin hacer caso de la orden recibida, él dejó entrar en su oficina a un sacerdote que venía por cierto asunto de poca importancia. El Presidente recibió al sacerdote con poca gracia y después de haber sabido el motivo que le traía a él, lo despidió, diciéndole con sequedad:

—Señor, no valía la pena que usted se incomodase y me incomodase a mí por semejante bagatela.

La contestación era algo picante, y el pobre sacerdote salió mortificado y afligido. Pero al día siguiente ya había olvidado la aventura cuando, muy tempranito, ve llegar a su casa con toda prisa al Presidente.

—Reverendo padre, le dijo humildemente, ayer me he mostrado algo malo y desatento

con usted, y vengo muy temprano a pedir vuestro perdón.

CAPITULO IV.

La justicia

La vida sencilla que llevaba García Moreno lo hacía accesible a todo.

Nadie acudía a él en vano; atendía a todos indistintamente.

Un día, una pobre viuda se le presentó llorando, porque un malvado la había engañado y estafado en cincuenta mil francos. Moreno llamó a su tesorero y le ordenó que entregase inmediatamente a la mujer los cincuenta mil francos.

— Pero, señor Presidente, observó el tesorero algo turbado; ¿y quién nos devolverá este dinero?

— Un tal... y dijo el nombre del estafador, el cual, en efecto, se vió obligado a pagar su deuda.

Otro día el Presidente vió a un viejo militar que paseaba inquieto y agitado delante de la puerta de su casa, en actitud de quien está esperando algo. García Moreno se le acercó y le preguntó:

— ¿A quién esperáis, amigo mío?

A usted mismo, Excelencia, para rogarle me haga pagar mi pensión. Me muero de

hambre y hace un mes que no recibo un centavo.

El Presidente busca inmediatamente al cajero del Estado, el cual afirma que el viejo militar ha recibido ya hasta el último céntimo de lo que se le debía.

— Vos me habéis engañado, dijo entonces Moreno al veterano; mereceríais una severa lección.

El buen anciano que no mentía, replicó sin conmoverse:

— Si el cajero le ha dicho a usted la verdad, sus registros lo atestiguarán.

Impresionado por la observación, el Presidente llama de nuevo al cajero y, en su presencia, averigua y descubre su deslealtad.

— Tomad la lapicera, dice al empleado, y escribid en el capítulo de las entradas: «Doscientos cincuenta francos de multa pagados por el cajero por haber mentido al Presidente de la República».

Confuso y mortificado, el cajero obedeció, dándose el parabién por haberse salvado a tan poca costa de la justicia del Presidente.

Un comerciante extranjero, domiciliado en Quito, había extraviado por las calles de la ciudad un paquete que contenía billetes de banco. Un joven lugarteniente, haciendo la ronda durante la noche, encontró el pre-

cioso envoltorio y se apresuró a remitirlo
al Presidente.

El negociante, avisado del hallazgo, rebosó de júbilo y, con un rasgo de generosa gratitud, ofrece cincuenta francos al joven militar que noblemente se niega a recibirlos.

— Pero, observa Moreno, yo no veo el motivo por el cual os rehusáis a recibir esta suma. Vuestro honor no queda menoscabado de ningún modo aceptando lo que realmente se os ofrece.

— Sí, contesta el lugarteniente, mi honor me lo prohibe, porque no merezco recompensa de ningún género; no hice más que cumplir mi deber.

— Pues bien, replicó el Presidente conmovido, siendo así que vuestro honor os prohibe recibir este dinero, mi honor exige que hoy mismo os otorgue el brevete de capitán.

Y precisamente porque conocía y practicaba la justicia, quiso hacerla resplandecer en la República que él gobernaba. Reformó el Código y lo completó. Todo atentado contra la pública moralidad y el orden era severamente castigado. Restableció en el Estado, (en el cual la revolución era una enfermedad endémica, y no por amor a ciertos ideales sino por intrigas personales) la pena de muerte. Decretó penas y multas a los blasfemos, a los perturbadores de la tran

quilidad pública, y también a los beodos. Los borrachos sorprendidos en infragante, perdían sus derechos de ciudadanos. Los revendedores de vinos y licores, cómplices suyos, estaban sujetos a graves multas. A pesar de todas estas precauciones, el Presidente reconocía la inutilidad de sus esfuerzos. Solía decir que la embriaguez es, a la vez, un vicio y una enfermedad, y creía necesario levantar hospicios para esos pobres locos voluntarios y moralizarlos con el trabajo campestre, asiduo y regular.

Sin embargo, la verdad es que los delitos disminuyeron y García Moreno, que había empleado seis años para construir en la Capital una nueva cárcel espaciosa y aireada, cuando, en 1875, se inauguró el nuevo edificio, dispuesto ya a recibir sus huéspedes, tuvo que declararlo inútil por falta de prisioneros.

Completado y modificado el Código, se cupó en la reforma de la Legislatura, mucho más necesaria que la del Código. Para lestruir el vicio capital de la ignorancia, xigía a los jueces el estudio concienzudo lel Derecho. El mismo asistía a los exámees e interrogaba a los candidatos.

Presentóse un día un aspirante al doctoado, y contestó a los examinadores con astante precisión.

— Veo, dijo el Presidente, que usted co-

noce perfectamente el Derecho, pero ¿conoce usted igualmente el Catecismo? Un magistrado, para administrar debidamente la justicia, debe conocer ante todo la ley de Dios. E interrogado el candidato, no supo contestar.

— Caballero, dijo entonces García Moreno; a pesar de su título de doctor, usted no ejercerá su profesión antes de saber el Catecismo. Vaya usted a aprenderlo en el convento de los Padres Franciscanos.

CAPITULO V.

Su prudencia y fortaleza

La justicia debe hermanarse con la prudencia si se quiere que sea eficaz y provechosa para el bien común.

Las islas de Galápagos, escollos perdidos en el Océano Pacífico, pertenecen a la República del Ecuador.

Un astuto vividor había comprado po cinco mil francos la propiedad de una po bre viuda. No teniendo dinero para pagarl al contado, con halagos y artimañas habí inducido a la buena mujer a firmarle un re cibo, prometiéndole que dentro de un mes a más tardar, le entregaría sin falta el im porte de la propiedad.

Terminado el plazo, la buena mujer, mu

inexperta en achaques de negocios, fué a reclamar su dinero. El bribón, presentándole el recibo, la despachó brutalmente.

Ella fué inmediatamente a contar la aventura al Presidente de la República, el cual hubiera necesitado la sabiduría de Salomón para resolver un caso tan peliagudo. La mujer tenía por su parte el derecho, pero el comprador estaba amparado por la ley.

García Moreno ordena que se le traiga el ladrón y lo exhorta paternalmente a satisfacer su deuda. El flamante caballero de industrias tiene la contestación en el bolsillo. Presenta al Presidente el recibo. Moreno lo tenía previsto.

Entonces, con un tono de voz que daba a entender claramente que él no quería ser engañado:

—Está bien, le dijo; me pesa en el alma de haber puesto en duda, aunque no fuera más que por un instante, vuestra hombría de bien. Para compensar de alguna manera esta afrenta, os nombro ahora mismo Gobernador de las islas de Galápagos y, como vuestra nueva dignidad lo exige, no iréis solo sino que os acompañarán dos guardias de seguridad, que se encargarán de preparar vuestro equipaje.

El ladrón, espantado, sale de la casa presidencial pensando en su destierro en aquellos escollos infestados por serpientes y fie-

ras..... corre a su acreedora, paga su deuda, y la ruega con instancia que se presente al Presidente y le haga revocar la sentencia de su destierro.

La mujer consiente; va a García Moreno y le notifica el hecho.

—¡Ah! dijo el Presidente sonriendo; con que el caballero no simpatiza con los altos cargos; pues bien, decidle que acepto su dimisión.

Otra vez, una mujer de mala fama acusada y convicta de homicidio había sido tratada con excesiva benignidad por los jueces, que se habían limitado a condenarla a unos cuantos meses de destierro.

Moreno indignado por el escándalo que causaba semejante sentencia pronunciada en toda regla, quiso hacer comprender a los jueces el desatino que habían cometido.

Mandó, pues, que se le presentasen y les dijo:

—Vosotros habéis creído conveniente castigar con algunos meses de destierro a una persona convicta de homicidio. Es preciso pues que, por lo menos, se ejecute la sentencia a la mayor brevedad posible. Mis soldados tienen demasiado que hacer y la ley me autoriza a encargar a cualquier simple ciudadano la tarea de acompañar a los condenados. Esta vez sois vosotros los de-

signados y encargados de acompañar a aquella mujer a Colombia.

Los jueces avergonzados, tuvieron que resignarse e hicieron preparar sus caballos. Ya estaban a punto de partir cuando se presenta el Presidente, el cual queriendo que la lección fuese bien aprendida por aquellos señores, les hizo traer mulas cojeantes y mal arreadas y:

Tomad, les dijo; tratándose de un servicio público, es justo que viajéis a expensas del Estado. Aquí tenéis cabalgaduras para el viaje, ellas cojean mucho menos que vuestras sentencias..

Las grandes florestas, los montes altísimos, los escondrijos, las cuevas que son poco menos que infinitas en la República del Ecuador, ofrecen un cielo seguro a los bandoleros y a los asesinos que habían formado en aquel país su paraíso terrenal. Moreno había encontrado un medio para hacer desaparecer el bandolerismo.

El prometía una espléndida propina a la policía si lograba capturar a uno de los famosos jefes de aquellas hordas salvajes. Y he aquí que un día fué llevado a García Moreno uno de los más famosos y temibles bandoleros del país. Aquel desalmado, que ya tenía la conciencia atormentada por el recuerdo de tantos delitos cometidos, tenía la seguridad de que lo habrían condenado a muerte.

García le dirigió algo así como un sermoncito, apelando también a sus buenos sentimientos. Le recordó a su madre y al buen Dios, y lo dejó libre bajo vigilancia no imponiéndole como castigo de sus fechorías, sino la obligación de pasar cada día una hora con un buen religioso que le designó de venir cada mañana y tarde a hacerle una visita a él mismo. Sujetándose a este método durante algunas semanas, sucedió que un día el bandolero, conmovido hasta las lágrimas, echóse de rodillas delante de García Moreno prometiéndole que se convertiría. El Presidente quiso probar por algún tiempo la sinceridad de su conversión y por fin, convencido de que ella era verdadera, lo nombró jefe de policía, encargándole de traerle sus compañeros de desventura para trocarlos, como él decía, en hombres de bien como era él.

Esta atrevida empresa le salió perfectamente a García y el país se vió muy pronto libre del azote del bandolerismo que hasta entonces había hecho tantas víctimas.

A la justicia y a la prudencia debe juntarse también la fortaleza; aquella fortaleza cristiana que nos impone el deber de superar todos los obstáculos que puedan oponerse al cumplimiento de un deber.

García Moreno bien sabía que ahorrando la vida de un culpable, habría hecho derra-

mar la sangre de millares de inocentes, por consiguiente las sentencias pronunciadas contra los traidores, los desertores, los revolucionarios, los enemigos de su país, fueron siempre inapelables.

El sabía entonces resistir a las instancias de sus amigos y hasta a las lágrimas de su madre. Una vez ésta le pedía gracia para un malvado convicto de traición.

— Madre mía, le contestó, pedidme lo que queráis, pero esto, no: mi deber me obliga a rechazar vuestra súplica.

Un día su deber fué puesto a una prueba muy dolorosa.

Es el caso que un viejo y fiel criado suyo, a quien él amaba tiernamente, en un arrebato de cólera, había dado una bofetada a un general.

El tribunal pronunció contra él la sentencia de muerte.

Se rogó al Presidente que la revocase García Moreno lloró y:

— Sabe Dios, contestó, cuán vivo es en mí este deseo, pero mi conciencia no me lo permite.

Si hubiera perdonado, se habría tachado su indulgencia de parcialidad y de favoritismo y el mal ejemplo de la indisciplina, desde la casa misma del Presidente habría bajado al pueblo que ya tenía tantos instintos de rebelión.

Fué a una iglesia lejana y rezó largamente por su querido y desventurado criado. Permaneció allá durante todo el tiempo de la ejecución para no oír la descarga de la fusilería.

CAPITULO VI.

La sobriedad y sencillez de vida

García Moreno pensaba que a un Presidente de República no le corresponde el fausto que rodea a un soberano. El vivía en Quito como un simple particular.

Con esto, decía él, gano tiempo, y cada uno puede venir a mi casa sin temor.

Su alimento ordinario era el de un obrero. El no aceptaba invitaciones oficiales, no estando dispuesto a restituirlas, ni queriendo recargar el balance del Estado con gastos inútiles: el dinero que habría empleado en tales gastos, lo daba a los pobres.

A este propósito, no quiero pasar por alto un curioso episodio. Su mujer intentó un día corregirle y le hizo observar que bien podía, por una vez siquiera, hacer una excepción a su regla ordinaria y obsequiar con un banquete en su casa a los Ministros, al cuerpo diplomático y a tal o cual amigo de la familia. Y para que Mo-

reño no le objetase la inutilidad del gasto, le ofreció dos mil quinientos francos para honrar a sus convidados.

El Presidente aceptó el dinero y salió realmente con el propósito de invitar a los amigos, pero luego, reflexionando mejor sobre el asunto, llevó los dos mil quinientos francos a las buenas Hermanas del hospital.

—¡Albricias!—dijo él volviendo a entrar en casa y frotándose las manos de contento; —he pensado, mi querida esposa, que era mejor dar de comer a los pobres que a los diplomáticos, y las Hermanas de Caridad me han dicho que con dos mil quinientos francos, sus trescientos enfermos se darán el lujo de hacer una comida suculenta como nunca.

La señora Moreno celebró la ocurrencia con una sonora carcajada; pero la historia no dice si cayó otra vez en la tentación de dar otro banquete diplomático en su casa.

El ministro Carvajal invitó un día al Presidente y a los ministros a una partida de campo a una quinta que había comprado a cierta distancia de Quito. La alegre comitiva salió a caballo. El ministro todo lo había dispuesto bien. El día pasó muy alegre y entretenido y cuando, al caer de la tarde, después de un partido a los naipes, Moreno habló de regreso, Carvajal rogó con

instancia a los amigos que se quedasen todavía algunos momentos.

—Señores, dijo el Presidente, haced lo que os agrade, pero después de una noche desvelada, ¿tendréis aliento para estar mañana a las once en vuestras respectivas oficinas?

Aquellos señores contestaron a una que sí. Se echó mano de nuevo a los naipes y a los cigarrillos, y sólo a eso de la media noche, emprendieron el camino de regreso a la ciudad.

Al día siguiente García Moreno llega al palacio de Gobierno y no encuentra a nadie. Envía inmediatamente un ordenanza a cada uno con orden de acudir en el acto a su despacho. Ellos obedecieron, porque sabían que con el Presidente no se podían chancear.

Lo que García Moreno afirmaba era que no podía vencer el sueño.

— Puedo prescindir de todo lo demás, decía, pero no puedo pasármela sin dormir.

Se le había visto pasar tres días consecutivos a caballo, sin descansar ni un momento para comer un bocado de pan, pero llegado a su meta, se dejaba caer donde quiera, dormía profundamente algunas horas y sólo cuando se despertaba tomaba alimento.

Los esfuerzos de García Moreno para moralizar, fortificar, instruir y deparar a

pueblo el mayor bienestar posible durante su pacífico gobierno, fueron coronados con un éxito tan satisfactorio que hasta sus enemigos quedaban admirados y asombrados. Aquel hombre era verdaderamente el genio de la organización.

Orden y perseverancia eran las dos virtudes que él creía indispensables para el buen resultado de cualquier empresa.

Y este orden y esta perseverancia los exigía antes en sí mismo que en los demás.

Se levantaba a las cinco de la mañana, oía la Santa Misa, y cumplidas sus devociones se dedicaba al trabajo. Después del desayuno que tomaba invariablemente a las diez, se le veía encaminarse hacia el Palacio de Gobierno, donde las tareas de su cargo lo detenían ordinariamente hasta las cuatro de la tarde, hora de la comida.

Después de la comida, una corrida a caballo o un paseo a pie, que siempre tenía por objeto la visita a tal o cual trabajo ordenado.

García Moreno pasaba el resto de la tarde en familia y después del rezo en común, a las nueve en punto, daba las buenas noches a todos, se retiraba a su estudio, donde quedaba solo trabajando hasta la media noche.

Tenía por regla fija, no dejar nunca para el día de mañana una carta que debía

escribir, un asunto que debía concluir. El trabajo del día ya estaba trazado y determinado desde la mañana, y no había ni excusas ni pretextos que valieran para hacerlo retardar ni omitir un solo punto de lo preestablecido.

A veces se le decía: — Pero usted no debe matarse, descanse usted, los otros esperarán.

— No, contestaba él; sólo Dios puede hacer esperar; yo no tengo este derecho. Cuando El quiera que descanse, me enviará una enfermedad o la muerte. Entonces conoceré claramente su voluntad y la cumpliré.

CAPITULO VII.

Talento organizador de García Moreno

Y a la verdad, el trabajo no le faltaba.

En aquel país lejano, aislado, todo estaba por hacer.

El orden moral no era más que una palabra sin sentido y el orden material no existía. El ejército, la instrucción pública, la administración, el comercio, la agricultura, todo estaba desordenado.

Hemos admirado las altas virtudes de García Moreno; veámosle ahora en el cam-

po de la acción, en el ejercicio de sus funciones. Veremos como al hombre cristiano se juntaba en él el hombre de Estado.

Moreno había hecho en Francia estudios serios y profundos sobre la organización del ejército. Se había ocupado especialmente de los progresos de perfeccionamiento introducidos y aplicados a las armas de precisión que se usaban en Europa y no reparó en gastos con tal de armar a sus soldados según las exigencias de los .progresos modernos.

Fundó en Quito una academia militar modelada sobre la de *Saint Cyr* en Francia, pero los jóvenes oficiales, hasta entonces eran muy poco instruídos. Envió a unos cuantos de ellos a Alemania para perfeccionarse en las maniobras militares. Su pequeño ejército nada tenía que envidiar a los ejércitos europeos, al paso que los Estados de Europa tenían harto motivo para envidiar al Ecuador la dirección moral y religiosa de aquellos valientes soldados.

Cada batallón tenía su capellán militar, y se veía a los buenos soldados de la República del Sagrado Corazón de Jesús, además de los ejercicios de piedad en los días festivos, hacer anualmente sus ejercicios espirituales.

Lo que él había hecho para el ejército lo hizo también para la instrucción del pueblo.

La distancia de las viviendas, la dificultad de las comunicaciones, el descuido de los habitantes y la falta de personal docente, hacían imposible, al parecer, la ardua empresa.

El Ecuador tenía pocas escuelas y sólo en los grandes centros. El Presidente fundó doscientas en 1869, cuatrocientas en 1873 y quinientas en 1875. Para estas escuelas hizo venir religiosos y religiosas de Europa y bajo su dirección, fundó una Escuela Normal para formar maestros capaces de secundarlo en la empresa.

Sin embargo, lo más dificultoso no era encontrar los maestros sino los discípulos. El suelo ecuatoriano produce mucho con poco trabajo, lo cual acostumbró a los habitantes a una excesiva indolencia. Enviar a la escuela niños perezosos y hacerlos trabajar no es cosa muy fácil.

García Moreno declaró la instrucción *gratuíta y obligatoria*. Sin embargo, las cosas debían hacerse con moderación. Si los padres tenían necesidad absoluta de la asistencia de los hijos; si la distancia y las dificultades del camino impedían a los niños frecuentar la escuela, quedaban legítimamente dispensados. Mas, si la ausencia no era justificada, se debía pagar una multa. Había que saber leer y escribir para tener el derecho de votar con los otros ciudada-

ños. Por lo demás los años de enseñanza no se prolongaban más de lo conveniente. La instrucción obligatoria duraba desde los ocho a los doce años.

García Moreno pensaba que cuatro años de enseñanza eran suficientes para dar al niño la instrucción necesaria para saberse guiar en el camino de la vida. Luego, la instrucción religiosa completaba lo que la escuela había comenzado.

El Presidente abrigaba en su corazón el vivísimo deseo de fundar en Quito una Universidad verdaderamente católica, en la que la ciencia de los profesores estuviese al nivel de sus principios religiosos.

Esto exigía costosos sacrificios pero él no se desanimó. Pidió a los Jesuítas de Alemania los químicos, los físicos, los matemáticos y los naturalistas ; a la Facultad de Medicina de Montpellier los médicos ; a Italia los doctores en Derecho y Teología.

Para estas enseñanzas encargó a las respectivas casas de Europa los más perfeccionados objetos del ramo. Gabinetes de física y de óptica ; colecciones de Zoología, Mineralogía y Botánica. La Universidad de Quito no iba en zaga a las más renombradas Universidades de Europa. Un día, un corresponsal suyo de París le hacía observar que cierta maquinaria que él había pedido para la Universidad costaba cien mil francos. La

contestación no se hizo esperar: « Comprad lo mejor y lo más hermoso, y no os preocupéis de lo demás. »

A la Universidad añadió García Moreno una Academia de Bellas Artes y un Conservatorio Musical. Tantas bellas instituciones no podían llevarse a cabo sin contrastes. En efecto, se oía susurrar a ciertos chismosos: « ¿ Qué provechos vamos a sacar de tanta ciencia, de tantas máquinas y de tantos profesores ? »

Para comprender lo importante que era para aquella gente las artes y las ciencias que García Moreno se empeñaba en hacer florecer, basta observar que en la Universidad de Quito, donde las inscripciones eran gratuítas, hubo que acordar (durante los primeros años) cien francos mensuales de gratificación a los que asistían asiduamente a las lecciones.

Quito, por su excepcional posición bajo la línea ecuatorial, a tres mil metros sobre el nivel del mar, pareció a García el lugar más adecuado del mundo para la fundación de un observatorio meteorológico. Ilustres hombres de ciencia habían aplaudido repetidas veces el proyecto, pero los gastos necesarios eran tan excesivos que él pensó hacer de esta obra una empresa internacional. Dirigióse pues, primero a Francia la cual contestó con una negativa. Inglaterra y los Es-

tados Unidos hicieron oídos de mercader. Entonces Moreno que no retrocedía ante ningún obstáculo, echó mano a la empresa sin el auxilio de nadie. Al cabo de cuatro años la obra estaba terminada. Un telescopio, el más poderoso que existía a la sazón, costó veinticinco mil francos. El ilustre compañero del P. Secchi, el célebre astrónomo jesuíta P. Menten, estableció su residencia en el Observatorio de Quito.

CAPÍTULO VIII.

Una obra monumental

La dificultad de las comunicaciones y los caminos impracticables, hacían inútil el mucho cultivo de las tierras y los destajos de una cosecha más abundante y superior a las necesidades de las poblaciones de los grandes centros. De allí el estancamiento de la agricultura y la languidez y casi nulidad del comercio. Verdad es que algunos habían manifestado tímidamente el deseo de ver algún día un camino practicable que uniera la Capital a Guayaquil, pero esto parecía un sueño y, en el concepto de los más sabios, una empresa imposible.

Los obstáculos eran un estímulo para el espíritu de García Moreno, y aquel sueño

que parecía imposible él quiso convertirlo en una realidad.

Para esta obra gigantesca había que construir cerca de cien grandes puentes y no menos de cuatrocientos acueductos.

Una primera tentativa quedó frustrada. Un ingeniero francés, engañado por el terreno, tomó una falsa dirección y después de gastos enormes hubo que abandonar aquel plan y empezar de nuevo los trabajos.

Para el nuevo trazado hubo que luchar contra la resistencia de los propietarios que se oponían a la expropiación de sus terrenos, o por interés o por espíritu de contradicción. Moreno permaneció inflexible. Un amigo suyo le decía indignado:

—Cambiad vuestro plan, porque tendréis que pasar sobre mi cuerpo antes que pasar sobre mis terrenos.

—Pues bien, contestó el Presidente; se pasará sobre vuestro cuerpo, amigo mío, porque la carretera no se desviará un punto del plan trazado.

Otros especulaban sobre la empresa, viendo la oportunidad favorable para enriquecerse. Cierto propietario, cuyas tierras debían ser cruzadas por el nuevo camino, exigía el precio total de la propiedad que, según él, iba a perder todo su valor por causa de aquella servidumbre. García no vaciló, y le preguntó:

—¿En cuánto valuáis vuestra granja?

—En dos millones quiniéntos mil francos.

—Está muy bien, yo la compro y la pago al contado. Recordad, sin embargo, que cuando se trató de pagar los impuestos, vos mismo la valuasteis en doscientos cincuenta mil francos. Así es que, durante treinta años habéis defraudado al Gobierno, y le pagaréis la suma correspondiente con todos sus respectivos intereses.

El propietario, caído por sí mismo en el garlito, se apresuró a retirar sus querellas y se dió por afortunado con poder recibir el precio del terreno expropiado, tasado por él mismo.

Finalmente, el 23 de Abril de 1873, los carruajes recorrían el trayecto entre Quito y Guayaquil. El Arzobispo bendijo solemnemente los primeros. No contento con haber llevado a cabo tan gigantesca empresa, Moreno resolvió hacer otras cuatro grandes carreteras en las provincias del Norte y del Sud, facilitando con esto, en gran manera, el comercio y la industria de su país.

Lo que había hecho para el bien de todo el país, quiso hacerlo el Presidente para la ciudad de Quito, inadecuada entonces para la libre circulación, debido a sus calles demasiado angostas. Aquí también hubo gritos y protestas, pero actualmente

Quito es una graciosa ciudad, que todos ad miran por sus calles espaciosas y por su soberbios palacios.

Y todas esas obras portentosas las llevó cabo García Moreno sin aumentar los im puestos; al contrario, muchas tasas y mucho derechos de aduana fueron disminuídos quitados enteramente, y durante tres año escasos de administración, el Presidente ha bía logrado duplicar las rentas del Estado aumentar el sueldo a todos los empleados de gobierno menos el suyo y pagar la mayo parte de la deuda pública, única herencia que le habían dejado sus predecesores.

—¿Qué era, pues, este hombre? ¿Un hechi cero? ¿Un brujo? ......

Ni lo uno ni lo otro. Era simplemente un hombre honesto, sabio, prudente, económico, moderado en sus exigencias y que exigía las mismas dotes en sus empleados.

— Soy Presidente, decía, no para enriquecerme, sino para enriquecer al país.

El había dominado la revolución, y las revoluciones cuestan mucho dinero; vivía en paz con los vecinos, lo cual ahorraba los gastos de guerra y permitía limitar el efectivo del ejército.

CAPITULO IX.

Preludios de la tragedia

Todo lo dicho hasta aquí respecto a las virtudes de nuestro héroe nos pareció necesario para conocer mejor a García Moreno. Reanudemos ahora el hilo interrumpido de nuestra historia.

Los antiguos amigos de Urbina, de Robles y de Franco desterrados al Perú, conservaban siempre en su corazón el odio y el deseo de venganza contra el hombre que había arruinado su lucroso despotismo.

Algunos grupillos de descontentos (hombres ambiciosos, sin principios, irreligiosos de Quito y Guayaquil) tenían relaciones secretas con los desterrados.

Ya desde el principio de este período de seis años que debía regenerar al país, la secta había formado sus proyectos. La nueva Constitución debía suministrar el pretexto para cohonestarlos. Algunos asesinos se habían comprometido a arrojarse como un solo hombre sobre el Presidente y matarlo á puñaladas.

Era el principio de Diciembre de 1869.

Había entre los conjurados, un tal Sánchez, que pocos momentos antes de la perpetración del crimen, atormentado por la

fiereza de los remordimientos, fué a revelarlo todo a García Moreno.

Los asesinos fueron arrestados y llevados a Consejo de Guerra que pronunció contra ellos la sentencia de muerte.

Un joven conjurado llamado Manuel Cornejo estaba en la cárcel víctima de la más furiosa desesperación. La víspera de la ejecución se arrastró a los pies del coronel Dalgo, suplicándole con lágrimas que le trajera aquella misma tarde al Presidente de la República al cual tenía que revelar con urgencia secretos de la mayor importancia. Era tarde y el coronel estaba perplejo. Pero al fin vencido por las insistencias del desventurado joven, va al palacio y trae a la cárcel a García Moreno que sospechaba alguna trama. En cambio, quedó sorprendido al ver al culpable echarse a sus pies, alegar su mocedad y su inocencia, y pedir gracia con tantas lágrimas que el Presidente se apiadó de él. El atentado había sido contra su persona, y, al parecer, él tenía derecho al perdón. Conmutó, pues, la pena de muerte en ocho años de destierro.

Pero el *inocente* Cornejo, no bien se halló fuera del Estado, publicó un libelo contra su bienhechor. En este escrito excitaba a los revolucionarios y señalaba a la pública venganza al *tirano*, García Moreno.

CAPITULO X.

Las elecciones de 1875

En 1875 debía efectuarse la elección del Presidente de la República, según la nueva Constitución. Ella debía naturalmente excitar muchas pasiones, y los revolucionarios trabajaban hasta más no poder. Pero el entusiasmo que García Moreno había despertado en torno suyo, la popularidad de que gozaba el hombre de genio que ya se había vuelto necesario en el Ecuador, había llegado al colmo. Derribarlo era poco menos que imposible, era una empresa insensata. Pocos meses antes de la época electoral, ya se organizaban en todas partes peticiones en su favor y su elección estaba asegurada.

Oponer a su candidatura la de un aliado de Urbina hubiera sido una locura; y los revolucionarios que lo sabían muy bien, cambiaron su plan de batalla. Entretanto el Presidente no se preocupaba ni poco ni mucho de su elección. Los amigos se lo reprochaban. García Moreno no rehusaba la candidatura, ni retrocedía ante las amenazas de los revolucionarios, pero tampoco quería presionar los ánimos de sus electores. Los que le amaban y temían por su vida, hubieran querido verle menos impasible ante el peligro.

— Retiraos, le decía uno, sino os asesinarán.

— Trabajad, le decía otro, y haced trabajar, de suerte que la opinión pública os favorezca infaliblemente.

A García Moreno no le agradaba ni el uno ni el otro consejo.

Si por temor a la muerte, decía a un pariente suyo, hiciera trabajar para el triunfo de mi candidatura yo sería un vil y un ambicioso; si, Dios mediante, el pueblo me favorece con su voto, aceptaré la presidencia porque, en tal caso, ese sería mi deber.

Y nadie era capaz de sacarlo de su propósito.

Los revolucionarios creyeron llegado el momento oportuno de hacer el último esfuerzo.

García Moreno tenía un gran número de amigos verdaderos, sinceros y devotos, pero no le faltaban adversarios y antagonistas que luchaban bajo su misma bandera. Ciertos liberales que hacían mucho alarde de catolicismo formaban un partido de oposición que el Presidente contrariaba a cara descubierta.

Pues bien, uno de esos liberales, que se titulaba católico, fué cabalmente el que los revolucionarios escogieron como candidato de oposición. Era lo que se llama un término

medio a saber, un arbitrio prudente de que se suele echar mano para zanjar cuestiones en casos desesperados. Aunque la cosa no salga bien, se debilita, por lo menos, el partido contrario, se dividen las fuerzas, se confunde todo; lo cual redunda siempre en provecho de los que suelen pescar en río revuelto.

En nuestro caso, el tal candidato era un tal Borrero; y él dejó hacer.

La elección se efectuó en el mes de Mayo. Veintitrés mil votos confirmaban triunfalmente a García Moreno en su cargo de Presidente de la República.

La revolución, derrotada, resolvió poner fin a la lucha con el puñal de los sicarios.

CAPITULO XI.

Conjuraciones sectarias

Urbina tenía correspondencia con algunos jóvenes exaltados de Quito y particularmente con un tal Cortés, nativo del Perú, que frecuentaba asiduamente los salones del embajador peruano.

Las relaciones sospechosas de este hombre habían despertado la vigilancia de la policía. El empleaba para su correspondencia medios de una audacia maravillosa. Hubo veces en que escribió a Urbina, sirviéndose de las

mismas cartas que enviaba al Presidente de la República del Perú.

Cierto día, el ayudante de campo de García Moreno dejó algunas cartas sobre el escritorio del Presidente para que las timbrase con el sello del gobierno. Moreno, movido por una inspiración repentina, abrió una de dichas cartas, y halló incluída en ella un segundo sobre con la dirección a Urbina. Era una carta de aquel malvado.

En Julio de 1875, monseñor Vanutelli, Delegado apostólico, debía embarcarse en Guayaquil para regresar a Europa, cuando recibió de Lima un paquete de correspondencia con su dirección. Una de las cartas contenía otra sellada, dirigida al abogado Polanco. Monseñor Vanutelli, que no conocía personalmente a Polanco, afiliado a las sectas, hizo remitir a su destino la carta recibida. Sólo después de algunos días sospechó que, sin saberlo ni quererlo, él había transmitido a Urbina un mensaje secreto. Como se ve, el secreto ya no era tal; confiado a demasiadas personas se había trocado en una voz común en el Ecuador y hasta en Europa. La francmasonería europea y americana había jurado la muerte de García Moreno.

Ya desde 1869, en la época del atentado de Manuel Cornejo, un joven de Berlín, en vísperas de partir para el Ecuador, fué a

saludar a un profesor, francmasón muy conocido. El profesor procuró disuadirlo y hacerlo desistir de su propósito prediciéndole que a su llegada al Ecuador el Presidente que le llamaba ya no estaría en el poder.

En 1873, los diarios del Perú, queriendo estimular el celo de los tímidos, daban ya como realizado el drama sangriento, para preparar el ánimo de las multitudes. Ellos anunciaban que el Presidente había caído mortalmente herido bajo el puñal del coronel Salazar, su ayudante de campo.

En marzo de 1875, un diario español, impreso en Bruselas, bien enterado de las logias, hablando de la República del Ecuador, decía proféticamente: «En aquel remoto país se arma una revolución que dejará huellas indelebles el día en que estalle».

Y García Moreno amenazado a todas horas, lo comprendía todo, lo sabía todo, y sin embargo, nada perdía de su calma sobrehumana. A las amenazas de los malvados y a los temores de los buenos, repetía invariablemente:

—¿Acaso el viajero puede desear algo mejor que la llegada al término de su viaje? Mi suerte está en las manos de Dios. El me sacará de este mundo como y cuando sea de su agrado.

A un religioso que le revelaba voces secretas relativas a su muerte cercana:

—Temo a Dios, contestaba, pero sólo a Dios. Por lo demás, perdono de todo corazón a mis enemigos y les haría todo el bien posible si los conociera y se presentara la ocasión.

Juan Aguirre, su íntimo amigo, debiendo embarcarse para Europa, fué a saludarlo. Moreno se dejó enternecer, y más expresivo que de costumbre:

—No nos veremos más, decía: lo presiento; es este nuestro último adiós!

Lo abrazó, lo acompañó hasta la puerta y estrechándolo entre sus brazos:

—¡Ya no volveremos a vernos! repitió; y le volvió repentinamente las espaldas para ocultar sus lágrimas.

El 4 de Agosto le escribió:

«Mi querido amigo, dentro de poco seré asesinado. Me siento feliz pensando que moriré por la fe. Volveremos a vernos en el Cielo».

CAPITULO XII.

«Dios no muere»

En el Ecuador, el día 10 de Agosto es fiesta nacional. Es el aniversario de la independencia del país.

El Presidente se había propuesto dar en ese día un paseo a caballo con su hijo Gabriel, y para contentar al niño, algunos días antes fué con él a un talabartero llamado Rayo para encargarle la hechura de una silla adecuada al caballito del joven jinete.

Rayo, natural de Colombia, joven de talento pero de carácter desequilibrado, se había captado tiempo atrás, la confianza del Presidente. Pero, debido a supercherías y vejaciones cometidas en el desempeño de una misión entre los indianos del Napo que Moreno le había confiado, destituído de su empleo, se vió obligado a dedicarse al oficio de talabartero para ganarse el sustento. Alguien, bien informado, desconfiando de Rayo, había prevenido al Presidente, aconsejándole a recelarse de él. Pero García Moreno no creía tan fácilmente en la hipocresía.

— He visto, decía él, a Rayo el talabartero recibir la Comunión días pasados. Un cristiano que comulga no puede ser un asesino. Es una infame calumnia.

Sin embargo, aun no sospechando de nadie, se iba preparando a comparecer ante el tribunal de Dios.

El 5 de Agosto, el Consejo de Estado, reunido en sesión, lo exhortó vivamente a tomar ciertas precauciones, más necesarias entonces que nunca, y a proteger una vida tan útil y provechosa para la patria y para la religión. El contestó a aquellos señores que era inútil premunirse contra quien se oculta con el puñal en la mano; y acabó su discurso con estas palabras:

— Los enemigos de Dios pueden matarme; pero ¡ Dios no muere !

Aquella tarde, el Presidente, que al día siguiente debía leer un mensaje al Senado, se encerró en casa para componer su trabajo, ordenando que no se dejase entrar a nadie en su estudio.

A los pocos instantes se presenta un sacerdote que quiere hablar a García Moreno.

— Tengo orden terminante de no dejar entrar a nadie en su estudio, contesta el portero.

El sacerdote insiste, y el portero, cediendo a sus instancias, lo deja entrar.

— Señor Presidente, díjole con acento triste y dolorido el sacerdote: vos bien sabéis que vuestra vida está en peligro; pero lo que no sabéis todavía es la hora y el momento en que se quiere perpetrar el crimen.

Los conjurados han resuelto asesinaros lo más pronto posible; mañana quizás, si se les presenta la oportunidad. Os ruego, pues, que os cuidéis y toméis las providencias del caso.

— Ya he recibido varios avisos idénticos al vuestro, contestó el Presidente; y la única providencia que debo tomar es la de prepararme a comparecer ante Dios.

El sacerdote salió conmovido y edificado, y García Moreno continuó escribiendo su mensaje.

Al día siguiente, 6 de Agosto de 1875, era la fiesta de la Transfiguración del Señor y primer Viérnes del mes. Ese día, como se sabe, está dedicado de una manera especial al Sagrado Corazón de Jesús, y los cristianos piadosos suelen acercarse a la mesa Eucarística. El SS. Sacramento estaba expuesto solemnemente en la Catedral.

El Palacio de Gobierno está adosado a la Catedral y forma con ella un ángulo de la *Plaza Mayor* de la ciudad de Quito. Moreno que, terminado su mensaje, había pasado gran parte de la noche en oración, fué muy temprano a la Iglesia de S. Domingo donde, con un gran número de fieles, recibió la Santa Comunión. Aquella mañana prolongó más que de costumbre sus plegarias. Hacia las ocho volvió a casa a releer su trabajo, que más tarde debía comunicar a los ministros.

A la una después de medio día, se encaminó hacia el Palacio de Gobierno y, pasando cerca de la casa de su pariente Ignacio de Alcázar, entró en ella.

Las voces de un proyecto de asesinato habían cundido con la rapidez del rayo. Gente de cara sospechosa formaba corrillos en la *Plaza Mayor* y, al parecer, estaba esperando a cierta persona. El calor era sofocante y el aire parecía impregnado de funestos presagios y de amenazas.

Ignacio de Alcázar dijo a Moreno:

— Vuestros enemigos espían todos vuestros pasos. Vos no deberíais salir.

— No cae la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, contestó Moreno. Estoy en todo y por todo en sus manos.

Ignacio ofreció a su pariente una bebida refrigerante que el Presidente agradeció. Eso lo hizo transpirar; lo cual obligó a Moreno a abotonarse el sobretodo; circunstancia insignificante en si misma, pero que debía dejarle, sin defensa, en las manos de sus verdugos.

Acompañábale Pallares, su ayudante de campo.

Moreno salió de la casa de Alcázar, llegó a la *Plaza Mayor* y antes de ir al Palacio para la sesión del Senado, quiso entrar en la Catedral para adorar al SS. Sacramento expuesto a la veneración de los fieles.

En su muda adoración, el piadoso Presidente se olvidaba de sí mismo.

Los conjurados, entre los cuales se hallaba el talabartero Rayo, empezaban a impacientarse. Tenían miedo de errar el golpe.

Rayo envió a decir al Presidente que un asunto urgentísimo lo llamaba al Palacio.

García se levantó en el acto, salió de la iglesia, subió las gradas que daban al Palacio, dió cinco o seis pasos hacia la puerta de entrada y se volvió de repente, sintiéndose herido en las espaldas por un golpe de estilete.

— ¡Vil asesino! - dijo él - reconociendo a Rayo y haciendo esfuerzos inútiles para sacar de su sobretodo un arma de defensa.

Pero Rayo no le dió tiempo. El desalmado abrió una ancha herida en la cabeza del Presidente, al paso que los otros conjurados descargaban a quemarropa sus revólveres contra él.

Un joven que se hallaba casualmente en el lugar del hecho, quiso aferrar el brazo de Rayo, pero herido a su vez, cayó al suelo. El miserable Rayo, viendo que el Presidente, a pesar de sus heridas intentaba acercarse a la puerta del Palacio, se precipita sobre él y, con repetidos golpes de puñal, lo hiere en el brazo izquierdo y le corta la mano derecha que quedó casi separada del brazo.

Moreno se apoyó sobre el parapeto de la escalinata y cayó en la Plaza desde la altura de cinco metros. Allí se quedó inmóvil. Rayo baja la escalera, se lanza sobre él y, traspasándole la cabeza a golpes de puñal, grita como un energúmeno:

— ¡Muere, verdugo de la libertad!

García Moreno hizo un último esfuerzo; sus labios se abrieron y en un supremo arranque de fe, de esperanza y de amor, dijo: *¡Dios no muere!* . . .

El alboroto era grande. De todas partes acudían gentes. Pallares, el ayudante de campo, había corrido al cuartel en busca de auxilio. Los vecinos habían huído gritando:

— ¡El tirano ha muerto!

Rayo, herido en una pierna por una bala dirigida al Presidente, yacía en el suelo. Los soldados lo aferran. Turbado, aturdido el miserable grita:

— ¿Qué queréis de mí? Yo no hice nada . . . . nada . . . . absolutamente nada.

Un soldado, ciego de ira, manda a la turba que se aparte y dice: — ¿Cómo podéis vosotros soportar la vista de ese monstruo?

La muchedumbre se retira con horror, y el soldado descarga su fusil sobre el infame, que cae muerto al suelo. Se arrastra con una soga al cuello su cadáver por las calles de la ciudad, pisoteado por la multitud exas-

perada, y lo arrojan en un torrente lleno de inmundicias.

Más tarde se saca de allí y, llevado al cementerio, se le cava una fosa en el terreno maldito reservado para los parricidas.

En sus bolsillos se halló una notable suma de dinero, precio de su delito.

Entretanto era un llorar, un gritar desesperado alrededor de García Moreno que, sin movimiento y sin voz, respiraba todavía. La gente lo miraba, apartaba su vista horrorizada y, aullaba desesperadamente, levantaba sus manos al cielo, se golpeaba la frente con los puños, se mesaba los cabellos.

Lo llevaron a la Catedral y lo depusieron a los pies de la Virgen de los Dolores. Un sacerdote le administró el Sacramento de la Extrema Unción.

La mirada era la única que indicaba los sentimientos de contrición, de fe y amor que llenaban el corazón y el alma de aquel Grande. Después de un cuarto de hora de agonía, el heroico Presidente, mártir de la buena causa, era juzgado por aquel Dios a quien había servido con tanta fidelidad.

El mártir había recibido cinco golpes de revólver y catorce puñaladas, una de las cuales le fracturó el cráneo. De sus heridas ocho eran mortales. Sobre su pecho se encontró una reliquia del Santo Madero de la Cruz y varios objetos de piedad.

En la última página de un *memorial* que García Moreno llevaba siempre consigo se hallaron estos tres renglones, que él había escrito con lápiz aquel mismo día:

«Señor mío Jesucristo, dadme el amor y la humildad y hacedme conocer lo que hoy debo hacer para vuestro servicio! »

Aquel día Dios había querido su sangre y él se la había dado generosamente!

EPILOGO

El grito de la fatal noticia corrió como un relámpago por todo el país. Fué un lamento, un llanto general. La palabra salía de los labios de todos entrecortada por los sollozos:

—«Hemos perdido a nuestro padre! a nuestro bienhechor».

El Vice-presidente, León, hombre de honor y amigo íntimo de García Moreno, ordenó que se tomasen las precauciones necesarias para el mantenimiento del orden, y, nó sintiéndose con bastantes fuerzas para recoger la herencia de aquel grande hombre, intimó la elección del nuevo Presidente.

—En cuanto a mí—decía él en su proclama—ministro, amigo y compañero de

García Moreno, no tengo más que un deseo; el de llorar en paz, en el seno de mi familia, la muerte del hombre más puro y más virtuoso que yo haya conocido en mi vida.

Se había hallado sobre el pecho del Presidente, perforado por las balas y teñido en su sangre, el mensaje escrito el día anterior y que se disponía a leer en el Senado.

Era una relación sumaria del estado de la República.

Este sagrado testamento fué leído por el ministro del Interior a la Asamblea y oído con religioso silencio.

García Moreno, después de una reseña de las principales obras llevadas a cabo, concluía:

«Dentro de algunos días yo termino el mandato que se me ha confiado en 1869. La República ha gozado, durante seis años, un reposo y una paz envidiables, y durante ellos ha marchado resueltamente por el camino del progreso, bajo la visible protección de la Providencia. Mucho mayores habrían sido los resultados si para gobernarla hubiera tenido yo las cualidades que desgraciadamente me faltan, ó si, para hacer el bien, fuera suficiente desearlo con ardor.

«Si he cometido errores y faltas, ós pido una y mil veces perdón; y este perdón lo

pido con sincerísimas lágrimas a mis compañeros, rogándoles que no pongan en duda el hecho de que mi buena voluntad jamás ha dejado de buscar nuestro mayor bien. Si por el contrario, creéis que haya logrado hacer algo bueno y provechoso, atribuíd ante todo el mérito de ello a Dios y a la Inmaculada Dispensadora de los tesoros de su misericordia; y luego a vosotros mismos, al pueblo, al ejército, a todos los que, en los diversos ramos del Gobierno, me ayudaron con tanta inteligencia y con tanta fidelidad a cumplir mis arduos deberes».

El 31 de Diciembre de 1887, día del jubileo sacerdotal de S. S. León XIII, el diputado Antonio Flores, hijo del ilustre General, ofrecía al Santo Padre un precioso cofre de cristal de roca que contenía el mensaje de García Moreno, teñido en su sangre y perforado por las balas que lo hirieron.

El Papa, profundamente conmovido, agradeciendo el obsequio, decía: *El ha caído por la causa de la Iglesia, bajo el hierro de los impíos.*

Rayo había muerto. Los otros asesinos, uno tras otro, fueron juzgados y condenados.

He aquí sus nombres: Campuzano, Cornejo y Polanco. Este último era el abogado

quien Mons. Vanutelli había enviado el aensaje de Urbina.

Cornejo, joven de óptima familia, que con ina hipocresía se había ganado la confianza el Presidente con el intento de traicionarlo on más facilidad, había huído . Sus padres, nconsolables por el crimen cometido por el ijo, habían emigrado. El culpable, seguido por n criado fiel, andaba errante por la selva.

Algunos días después del asesinato, el riado volvió durante la noche a la casa eshabitada de sus amos para tomar algunos bjetos que Cornejo necesitaba. Un vecino, orprendido al ver luz en aquellas habitaiones que él creía vacías, notificó inmeiatamente el hecho a la policía.

El criado fué arrestado y, amenazado de nuerte si no lo hacía, acompañó a un esuadrón de soldados a la selva donde se abía refugiado su dueño.

Pero Cornejo, avisado a tiempo por un ndiano, se había ocultado. El pueblo que uería a toda costa al asesino, corrió a la elva y puso fuego a los árboles para obliar forzosamente al fugitivo a rendirse o a erecer.

Nadie veía a Cornejo, acurrucado en el ueco de un árbol secular, y ya la muchеumbre se retiraba desilusionada, cuando n soldado lo divisó. Dió la voz de alarma la multitud acudió. Capturado y protegi-

do por los soldados contra el furor del pueblo fué conducido a la cárcel de Quito.

Ante el Consejo de Guerra confesó su delito y fué condenado a muerte. Arrepentido aceptó su pena en expiación del asesinato en el cual había tomado parte.

El escribió a su pobre madre una carta llena de resignación :

— *Soy feliz*, decía, *de morir para expiar mi delito, y de morir ahora, después de haber tenido la suerte de reconciliarme con Dios. Si hubiera podido huir, me habría perdido para siempre.*

Las Cámaras del Parlamento se asociaron al público duelo por la muerte del Presidente. En un solemne decreto, enaltecían la memoria del ilustre difunto y decretaban que sobre el pedestal de la estatua de mármol que se levantaría en honor del héroe, se grabarían estas palabras : *A García Moreno, el más noble de los hijos del Ecuador, muerto por la religión y por la patria, la República agradecida.*

El día de los funerales el cadáver del Presidente, revestido con la divisa de General, puesto sobre un magnífico catafalco, apareció por última vez ante la inmensa multitud que llenaba la Catedral. Llegó luego el Arzobispo, precedido por todo el Clero, por los miembros del Gobierno y por las autoridades.

Al ver vacío el asiento que el Presiden-
solía ocupar en las públicas solemnida-
s, el pueblo prorrumpió en sollozos y en
midos de dolor. La emoción subió de
nto cuando el Senador y edecán de la
tedral de Ríobamba, don Vicente Cues-
aplicó al nuevo Judas Macabeo estas pa-
ras de la Sagrada Escritura, tan oportu-
s en aquella circunstancia:

« *El Pueblo de Israel derramó abundan-
lágrimas; el duelo duró muchos días y
los decían: ¿Cómo es que ha caído el
liente que salvó a Israel?*

En todas las ciudades de la América es-
ñola se celebraron solemnes funerales por
héroe.

El Congreso del Ecuador, el 6 de Sep-
mbre de 1875, llamó a García Moreno,
lustre regenerador de la Patria y mártir
la civilización católica ».

Las diversas vicisitudes por las que pasó
República Ecuatoriana, el azote revolu-
nario del cual fué víctima, y la poca o
guna simpatía de los gobiernos hacia el
stre Hombre de Estado, hacia el magis-
do integérrimo y sincero católico, no han
mitido hasta la fecha la tan loable como
ta disposición tomada por los represen-
tes de la Nación, a saber, de levantarle
monumento.

Pero el Congreso del año 1919, renovando

el recuerdo de las eminentes virtudes de García Moreno, ha decretado nuevamente la erección del monumento, que probablemente se llevará a cabo, en vista del entusiasmo y de la actividad con que el Ecuador se prepara a honrar la memoria del más ilustre de sus hijos.

García Moreno, antes de morir había profetizado, y su profecía se verificó a la letra.

« *Después de mi muerte,* había dicho él, *el Ecuador caerá de nuevo en poder de los revolucionarios que gobernarán despóticamente, pero el Sagrado Corazón de Jesús, al cual he consagrado mi patria, la hará revivir libre y honrada bajo la guarda de los grandes principios del Catolicismo.*»

¿ Y cómo podría perecer una nación consagrada al Sagrado Corazón de Jesús, y que ha dado al mundo un héroe como fué García Moreno ?...

A. M. D. G.

INDICE

Página

Capítulo *1.* — Infancia de Gabriel. . . 5
» *2.* — García Moreno estudiante 8
» *3.* — En la Universidad. . . . 12
» *4.* — La República del Ecuador 16
» *5.* — García Moreno periodista 21
» *6.* — García Moreno en la lucha 24
» *7.* — García Moreno en París 30
» *8.* — Luchas intestinas . . . 32
» *9.* — El héroe de Ríobamba . 39
» *10.* — Un vil traidor - Primera victoria 45
» *11.* — Los héroes del *Estero Salado* 49
» *12.* — Un Presidente cristiano 52
» *13.* — Un general traidor. . . 57
» *14.* — *Veni - Vidi - Vici.* . . 63
» *15.* — A Chile 70
» *16.* — García Moreno en peligro 73
» *17.* — Adiós tranquilidad . . . 77
» *18.* — La erupción de un volcán 81
» *19.* — El fin de la lucha . . 84

Parte Segunda

		Página
Capítulo	*1.* — La piedad de García Moreno	91
»	*2.* — Su fe y su amor a Dios	98
»	*3.* — Su caridad con el prójimo	103
»	*4.* — Su justicia	110
»	*5.* — Su prudencia y fortaleza	114
»	*6.* — Su sobriedad y sencillez de vida	120
»	*7.* — Su talento organizador	124
»	*8.* — Una obra monumental	129
»	*9.* — Preludio de la tragedia	133
»	*10.* — Las elecciones de 1875	135
»	*11.* — Conjuraciones sectarias	137
»	*12.* — ¡Dios no muere!	141
	Epílogo	148